LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias.	40 id.	20 id.	11 id.
Portugal.	3,400 reis.	4,300 reis.	2,300 reis.

AÑO XVII.—NÚM. XV.

DIRECTOR-PROPIETARIO, D. ABELARDO DE CÁRLOS.

ADMINISTRACION, CARRETAS, 12, PRINCIPAL.

Madrid, 16 de Abril de 1873.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba y Puerto-Rico. . .	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Filipinas.	15 id.	8 id.

En las demas Américas fijan el precio los Sres. Agentes.

SUMARIO.

TEXTO.—Revista general, por el Marqués de Valle-Alegre.—Nuestros grabados, por D. Eusebio Martinez de Velasco.—Crítica literaria: artículo I, por D. Manuel Cubero, académico de la Española.—Achaques y dolencias económicas del reinado de Felipe IV, por D. Modesto Fernandez y Gonzalez.—Lo infinito, poesía, por D. A. Hurtado.—La novela de un joven rico (continuacion), por D. Carlos Frontaura.—Descubrimiento de las máquinas de vapor verticales de M. Hermann-Lachapelle.—Anuncios.—La decima musa, por D. Sandio Pina y Guasque.—La Academia Española, por E. E.—El sueño de un justo, cuento inédito, por don Carlos Rubio.—La Virgen del Desierto, poesía, por don Antonio Arnao, académico de la Española.—La vuelta del Calvario, poesía, por D. L. Sipos.—Crónica musical, por D. Antonio Peña y Goñi.

GRABADOS.—Retrato de D. Eduardo Chao, ministro de Fomento; fotografía del Sr. Julia, por los Sres. Perez y Paris.—Murcia: Baños de Archena; fotografía del señor Laurent, por el Sr. Rico.—Barcelona: Salida de un batallon de cuerpos francos á operaciones contra los carlistas, por los Sres. Pellicer y Rico.—Cintra: Estatua de Vasco de Gama; Vigo: Casa donde nació y murió Menéndez Nuñez; Isla de Maciau (Vizcaya): Lugar donde murió Hernando de Magallanes, y sepulcro del mismo; composicion y dibujo del Sr. Pradilla, grabado del Sr. Rico.—El Baron de Schwarz-senborn, director de la Exposicion de Viena; de fotografía, por el Sr. Capuz.—Viena: llega á del primer tren con productos destinados á la Exposicion; de fotografía, por el Sr. Capuz.—El pabellon del Jurado de la Exposicion; de fotografía, por el Sr. Rico.—Madrid: Salida de efectos destinados á la Exposicion de Viena, por los Sres. Pradilla y Capuz.—Máquina de vapor vertical, construida por M. Hermann-Lachapelle.—Ajedrez.—Bellas-Artes: *La Virgen del Desierto*, cuadro de D. German Hernandez, dibujo del mismo, grabado del Sr. Capuz.—Valencia: Procesion llamada de *Los Penas*, por la cofradía de los Penitentes, por los Sres. Casado y Rico.—Bellas-Artes: *El mayorazgo del huérfano*, cuadro de Mr. Gabriel Mark, dibujo del mismo por X.—Retrato de D. Antonio Arnao, nuevo académico de la Española; fotografía del Sr. Laurent, por el Sr. Paris.

REVISTA GENERAL.

SUMARIO.

Incomunicados con Europa.—Novedades en Francia.—Monsieur Grevy y su dimision de la presidencia de la Asamblea.—Nombramiento de Mr. Buffet.—El principio del fin.—En lo que se ocupa la municipalidad parisiense.—La calle Saint-Arnaud y el marqués de Peyseguir.—El ex-Rey de Araucania y los ingleses.—Expedicion para recobrar un trono.—La alianza alemana-italiana.—El general Velarde en Cataluña.—Restablecimiento de la disciplina.—Los carlistas.—La Semana Santa en Madrid.—El traje nacional.—Jacinta Pezzana.—Muerte de la Fité-Goula.

Cinco ó seis dias hemos vivido incomunicados con el resto de Europa, con motivo de las averías causadas en la via férrea por las partidas carlistas.

Verdad es que el telégrafo nos enteraba,—aunque imperfectamente,—de las principales novedades ocurridas durante ese tiempo en el extranjero; pero de la manera *bestial* y concisa que suele hacerlo aquél.

«Mr. Grevy, presidente de la Asamblea nacional francesa,—decian los telégramas,—ha hecho dimision de su elevado cargo.

D. Eduardo Chao, Ministro de Fomento.

»En su lugar ha sido elegido Mr. Buffet.»

—Pero, ¿por qué?—nos preguntábamos unos á otros, sorprendidos y maravillados de tan brusca y repentina evolucion.

¡*Ah!* ¡*Voilà!*—como dicen nuestros vecinos.

Lo de que las pequeñas causas producen con frecuencia los grandes efectos, es una frase más vulgar que verdadera y exacta. Cuando se supone que de un motivo fútil en la apariencia ha resultado cualquier acontecimiento importante, es, por lo comun, que todo estaba dispuesto para su estallido, y que ha bastado la chispa para producir el incendio.

Así, lo ocurrido el 2 de Abril en la Asamblea nacional de Francia venía preparándose, elaborándose, condensándose de tiempo atrás.

Y ¿qué sucedió?—Que un diputado de la izquierda, Mr. Le Royer, profirió la palabra *bagage*, aplicándola á la serie de argumentos usados por el orador á quien contestaba, y que el marqués de Grammont, individuo de la derecha, la calificó de *impertinencia*.

Mr. Grevy tomó parte en la cuestion y trató de aplacar á los contendientes, diciendo que *bagage literaire* se llama, por ejemplo, el conjunto de las obras de cualquier escritor, y ninguno se cree ofendido por ello; en consecuencia, juzgaba fuera de su lugar la calificacion de Mr. de Grammont.

Éste no se conformó, insistió de nuevo, y fué llamado al órden por el Presidente. *Inde iræ*, es decir, de resultas gran tumulto, gran agitacion en la Cámara.

Mr. Grevy se cubre, y levanta la sesion, presentando en seguida la renuncia del cargo que tan dignamente ha desempeñado durante dos años.

Pero estudiemos el fondo, la esencia de las cosas.—La frase del marqués de Grammont, ¿no estaba bien pensada ántes? Su actitud, ¿no responde á un plan preconcebido y quizás acordado? En fin, monsieur Grevy, al tomar tan por lo serio el asunto, ¿no buscó un pretexto para rom-

por lo que se llama el pacto de Burdeos, para adoptar una posicion más libre y desembarazada?

Todo, todo nos indica que estas conjeturas no carecen de fundamento.

Mr. Grevy, reelegido presidente, dimite otra vez, alegando que para aceptar creia necesario le votaran todas las fracciones de la Cámara; y como esto sea imposible, se procede á nueva eleccion.

En ella, el candidato ministerial es Mr. Martel, siendo derrotado por Mr. Buffet, antiguo ministro de Napoleon, y hoy perteneciente á la derecha de la Asamblea.

***

¿No ven nuestros lectores aquí patente lo indicado arriba? ¿No observan cómo las respectivas posiciones se cambian; cómo los vínculos se aflojan; cómo cada cual se prepara para futuros, para próximos acontecimientos?

Mr. Grevy reivindica su libertad de accion, y se va al campo republicano, de donde procede. ¿Quién sabe si aspira á ser el sucesor de Thiers, dadas las prevenciones, las antipatías que existen contra Gambetta?

La mayoría conservadora, que en ocasiones recientes se ha contado y se ha visto numerosa, estrecha sus filas y se dispone para la batalla; el presidente del Poder ejecutivo empieza á pensar que se aproxima el término de sus altas funciones, y hace cuanto puede por prolongarlas.

¿Cuál será el resultado de lo que acabamos de describir con la claridad y la exactitud posibles? ¿Estará avocada la Francia á una restauracion monárquica? ¿Se prolongará indefinidamente la situacion provisional en que vive desde Febrero de 1871? Por último, ¿ocurrirán nuevos desastres y nuevas catástrofes?

La bolsa es el mejor barómetro del estado político en aquel país; y la bolsa no se muestra alarmada con lo ocurrido recientemente: al contrario, los fondos franceses en vez de bajar, suben de una manera considerable.

Es lícito, pues, esperar no se realicen los temores de los que temen que roto el pacto de Burdeos y separadas las fracciones que contribuyeron á formarlo, vuelvan los tristes dias de los disturbios y de las agitaciones revolucionarias.

***

Hé aquí la única noticia importante que podemos comunicar á los lectores despues de nuestra crónica anterior.

La política *choue* en todas partes, y en la Francia misma estaria «en vacaciones» á no ser por ese inesperado acontecimiento.

Mr. Thiers ha ido á instalarse en el Elíseo, palacio que tanto le agrada habitar, miéntras el ayuntamiento de París se entretiene en cambiar los nombres de las vías públicas, proscribiendo los que recuerdan los hechos ó las glorias del imperio.

Estos dias ha llevado su pasion y su nimiedad hasta el punto de quitar el de Saint Arnaud á una pequeña y humilde calle situada en el centro de la capital.

El Marqués de Puysegur, coronel del 9.° regimiento de dragones, y yerno del mariscal Saint Arnaud, ha dirigido con tal motivo al Consejo municipal una corta y enérgica protesta contra semejante resolucion.

«El Ayuntamiento ignora acaso, dice el Marqués de Puysegur, que ese nombre fué puesto, no cual memoria de un acto político, sino durante la expedicion á Crimea, en honor del que ántes de morir acababa de dar nueva gloria al pabellon francés.»

No es desgraciadamente por ignorancia, sino por deplorable espíritu de partido por lo que los concejales de París se han entretenido en hacer desaparecer de las esquinas todos los nombres de santos y todos los que conmemoran hechos gloriosos. —¿Qué les importan éstos si la demagogia no puede atribuírselos ó revindicarlos?

***

¿Recuerdan nuestros lectores un tal Mr. de Tonneins, procurador en la ciudad de Perigord, que hace unos cuantos años—sin que sepamos cómo—se hizo coronar rey de Araucania?

Nadie ha olvidado su novelesca y accidentada historia; nadie las peripecias de su existencia, ni que despues de haber ocupado por algun tiempo el trono con el nombre de Orelio Antonio I, se vió obligado á abandonarlo, y á volver á su país natal.

Los concurrentes al concierto de los Campos Elíseos en París han podido verle los veranos últimos pasear por aquellas frescas alamedas, pálido, sombrío, macilento, como quien madura en su mente planes y proyectos ambiciosos.

Así debia ser, puesto que ahora sabemos que Mr. de Tonneins sueña con la reconquista de su corona.

En balde ha pedido auxilio y proteccion á sus compatriotas; en balde les ha ofrecido una especie de soberanía sobre un país nuevo, muy poblado, y capaz de ser un manantial de riqueza, ademas de una base de influencia considerable en territorio americano.

En Francia, cuando la gente se rie de alguno, es hombre perdido. Así nadie tomó en serio las proposiciones de Mr. de Tonneins, y todos han puesto en ridículo al ex-Monarca de Araucania.

Héroe de *Vaudeville*, asunto de caricaturas para los periódicos satíricos, cada cual le ha arrojado su piedra, cada cual le ha dirigido su carcajada ó su sarcasmo.

Pero ahora parece que los ingleses no han sido tan crueles, y que han escuchado á Mr. de Tonneins, el cual les ha dicho:

—Dadme dinero, dos buques de guerra, hombres decididos, y os aseguraré el comercio exclusivo con un país henchido de riquezas y no explotado todavía.

No es al Gobierno á quien se ha dirigido, sino á la iniciativa privada, que tiene plena libertad de accion. Así, Orelio Antonio I ha obtenido oro, barcos y hombres, y va á partir para su expedicion con la esperanza de volver á subir al trono, y de ceñir de nuevo la corona de acero de los antiguos araucanos.

***

Nada trascendental ni interesante en las demás naciones: *El Wanderer* de Viena lanza una de esas noticias llamadas *de sensacion*. El periódico austriaco asegura que se siguen activas negociaciones entre Roma y Berlin, con objeto de concluir una alianza ofensiva y defensiva entre la Alemania y la Italia.

El diario de Gambetta, *La República francesa*, apoya las suposiciones del *Wanderer*, añadiendo que la noticia puede considerarse como una advertencia útil dirigida á Mr. Thiers.

Nosotros creemos, por el contrario, que existe cierta frialdad en las relaciones del gabinete italiano con la cancillería alemana, y á ello puede atribuirse la tardanza en nombrar sucesor al Conde Brassier de Saint Simon, embajador de Alemania en Italia, que murió algunos meses há.

***

Algo ha mejorado durante la última semana la situacion de las cosas en España.

El General Velarde, nombrado Capitan general de Cataluña en reemplazo del general Contreras, ha conseguido restablecer un tanto la disciplina militar allí; su valor, su energía, su decision han vuelto á la obediencia á los soldados extraviados ó seducidos por malévolas sugestiones; y en consecuencia, el espíritu público se ha reanimado así en aquella industriosa provincia, como en las restantes de la república.

Si el ejemplo del general Velarde es seguido; si en otras partes se procede con igual resolucion, todavía pueden esperar los amantes del órden ver éste restablecido, y conjurados los males que nos amenazan.

Falta ahora que el Sr. Nouvilas logre el fruto de sus meditados planes estratégicos, dando un golpe á la insurreccion carlista, extendida hoy en Navarra como en el antiguo principado de Cataluña.

Pero los dias pasan, y no se tocan los resultados de los esfuerzos, de los sacrificios hechos para sofocar la guerra civil; miéntras ella exista no podremos regularizar la hacienda, ni adoptar las graves medidas que imperiosamente exige y reclama la situacion del país.

***

La Semana Santa, á pesar de tantos augurios tristes y de tantas pavorosas predicciones, ha trascurrido en medio de la mayor tranquilidad.

El pueblo de Madrid, dando una nueva muestra de su cordura y sensatez, ha llenado los templos y asistido á los divinos oficios, con la mayor compostura y religiosidad.

Un tiempo magnífico ha favorecido estas solemnidades, permitiendo que juéves y viérnes se verificára en la Carrera de San Jerónimo el paseo que ántes tenía lugar en la calle de Carretas.

Nuestras hermosas y nuestras elegantes han lucido sus galas y sus frescas, abundando mucho el airoso traje nacional con su correspondiente *mantilla de fondo*.—Las hijas de la Duquesa de Sotomayor y las de los Marqueses de la Puente se distinguieron por la gracia y el desenbarazo con que vestian la antigua basquiña española.

El Sr. Figueras, jefe del Poder ejecutivo, acompañado de su virtuosa consorte, ha visitado diferentes iglesias, excitando el interés su devocion y recogimiento.

***

Segun la antigua costumbre, los teatros suspendieron sus funciones desde el Domingo de Ramos hasta el de Pascua, en el que volverán á abrirse todos, ménos el de la Opera, con funciones variadas.

Al del Circo vendrá próximamente una compañía italiana, al frente de la cual figura la célebre actriz Jacinta Pezzana Gualtieri. La Ilustracion dará cuenta de los triunfos que alcance en la escena patria, y publicará oportunamente su retrato, para que se vea que la hermosura es casi siempre inseparable del talento.

Otra artista, bella tambien, y si no célebre todavía, en camino de serlo pronto, ha desaparecido rápidamente de nuestro lado.—Aludimos á Dionisia Fité-Goula, que ha pertenecido durante la temporada última al coliseo de Oriente, y que ha muerto en pocas horas, llena de juventud y de porvenir.

Todavía el sábado último cantaba en el Conservatorio en el concierto dado á beneficio del violinista Perez, y nada hacia temer su prematuro fin.

Una enfermedad cruel y terrible la ha arrebatado del mundo de los vivos, como el huracan impetuoso arranca y destruye en un momento las flores que adornaban el verjel.

Ha muerto en su patria, pero léjos de sus tiernos hijos y de su amante esposo, quienes solo podrán llorar sobre su tumba la madre y la esposa que tan inesperadamente han perdido.

El Marqués de Valle Alegre.

12 de Marzo de 1873.

NUESTROS GRABADOS.

D. EDUARDO CHAO, MINISTRO DE FOMENTO.

Sin pretender escribir una extensa biografía del hombre público cuyo nombre sirve de epígrafe á este suelto, porque no lo permite el pequeño espacio que se nos ha señalado, ofrecerémos algunos apuntes exactos que acompañen al retrato de la página primera de este número.

Eduardo Chao, uno de los más antiguos republicanos españoles, nació en el pueblo de Rivadavia (Orense), aunque, por haberse trasladado sus padres á Vigo, á causa de las persecuciones que sufrieron por parte del general Eguía, llamado el segundo Cárlos de España, muchos le consideran como hijo de dicha ciudad.

En ella se educó, y allí apareció su primer escrito, inspirado por la revolucion de 1840, y titulado *Causas de la revolucion de Setiembre*; pero bien pronto se trasladó á Madrid, cuya verdadera efervescencia política y literaria ofrecia ancho campo á la actividad y talento del jóven escritor republicano, y publicó otros trabajos notables, que fueron acogidos con aplauso.

Muertos los periódicos republicanos, en varios de los más avanzados, principalmente en *El Espectador*, escribió muchos artículos en defensa de soluciones muy radicales, y casi se puede asegurar que uno de ellos motivó el célebre decreto de Gonzalez Brabo contra la prensa liberal.

Dedicábase Chao al mismo tiempo al estudio de las ciencias naturales, y nadie ignora la señalada parte que tomó en la publicacion de la *Biblioteca ilustrada* de los Sres. Gaspar y Roig, como director de la misma, que tanto popularizó la lectura en nuestra patria.

Entónces fué cuando escribió, con la colaboracion de otros dos escritores, el *Diccionario democrático*, y él solo la continuacion de la *Historia de España* del P. Mariana hasta nuestros dias, á cuya obra siguió la *Geografía histórica de España* y su gran cuadro sinóptico de la citada *Historia de España*.

Elegido diputado por Orense en 1854, despues de la revolucion de Julio, fué uno de los diez y nueve Constituyentes que votaron contra la monarquía y el trono de Doña Isabel II: mas despues de la contra-revolucion de 1856, separado algun tanto de la política, dedicóse al estudio de las cuestiones económicas y sociales, publicando *El Crédito*, periódico en que se trataba de estas materias como en un palenque libre, al que podian acudir todas las opiniones.

Nombráronle algunas compañías de crédito individuo de su consejo de administracion, y áun se encontraba dirigiendo *La Union* cuando ha sido elegido para el alto cargo de Ministro de Fomento.

Sin embargo, conspiró en 1866 contra la situacion política de aquella época, y tuvo la suerte de librarse de las iras del Gobierno, por haber salido de Madrid en el mismo dia en que la policía se presentó en su casa-habitacion para prenderle.

Eduardo Chao, jóven, de talento y dotado de verdadera y sólida instruccion, puede prestar muchos servicios á España y á la república, desde el alto puesto á que le han elevado sus propios merecimientos y el afecto fraternal que le profesan sus correligionarios políticos.

LOS BAÑOS DE ARCHENA.

En la provincia de Murcia, á cinco leguas de la capital de la misma y en término de la conocida villa de Archena, se encuentra el establecimiento balneario del mismo nombre — del cual ofrecemos una vista general, de fotografía, en la pág. 228.

Alzase sobre la márgen derecha del rio Segura un espacioso edificio, en el cual están recogidas las famosas aguas medicinales que nacen al pié de la montaña llamada *Salto del ciervo*, á corta distancia de los mismos baños, y es, como se sabe, muy concurrido por personas aquejadas de ciertas dolencias, en las dos temporadas oficiales de 1.º de Abril á fines de Junio y de 1.º de Setiembre á últimos de Octubre.

Nadie ignora las excelentes cualidades de las aguas de Archena y su eficacia especial, por cuyas razones el establecimiento citado bien puede decirse que se encuentra completamente ocupado por bañistas en las épocas mencionadas.

Segun el análisis químico que se ha practicado de las aguas de Archena, los principios constitutivos que contiene una libra de agua mineral dan la proporcion siguiente:

Azufre del gas hidro sulfúrico. .	3,23976
Acido carbónico libre.	1,84625
Hidro-clorato de sosa.	32,35280
Sulfato de sosa.	2,23520
Carbonato de cal.	1,64704
Carbonato de sosa.	0,94112
Sulfato de cal..	0,58816
Hidro-clorato de magnesia. . .	2,32294
Sílice.	0,04410

No pocas son las mejoras que últimamente han introducido en el establecimiento los afortunados propietarios del mismo, pero todavía se necesitan algunas más para que llegue á ser un modelo en su clase, con respecto al *confort* que exigen las necesidades de nuestra época, y para corresponder dignamente, ya á la eficacia de aquellas aguas minerales, sin rival en España y quizá en pocos puntos del extranjero, ya á la numerosa concurrencia que en las dos temporadas oficiales acude á buscar en ellas la salud perdida, ó por lo ménos un alivio en sus dolencias.

LOS BATALLONES DE FRANCOS EN ESPAÑA.

Desde que se inició la guerra civil en 1827, cuando una parte de Cataluña se sublevó contra Fernando VII, áun en vida de este monarca, proclamando rey de España á su hermano D. Cárlos María Isidro, siempre que en nuestra patria han estallado sublevaciones carlistas, se ha tratado de organizar los batallones de francos para combatir dichas sublevaciones, prestando ayuda al ejército español.

Sabido es que antiguamente se designaban tambien los francos con el gráfico nombre de *posteros*, tomado del *prest* de campaña que estaba señalado á cada uno de los individuos que en ellos se alistaban, y preciso es reconocer que durante la sangrienta y cruel guerra de 1834 á 1840, y áun en la segunda campaña carlista de 1847 á 1848, ni fueron ellos los que ménos auxilios prestaron á la causa de la libertad, ni tampoco los que más economizaron su sangre en los campos de batalla.

Testigos sean las innumerables acciones de guerra en que tomaron parte activa, principalmente en Cataluña, en el Maestrazgo y en la Mancha, y el ódio cordial, como suele decirse, que les profesaban las bandas carlistas, las cuales pocas veces perdonaban á los desdichados *posteros* que resultaban prisioneros de guerra.

Verdad es que éstos, por lo general, correspondian á los carlistas con un ódio semejante, pues raras veces concedian cuartel al infeliz rendido, en aquella época de sangrientas y ominosas represalias.

Hoy, cuando otra imponente sublevacion carlista se enseñorea, hace ya nueve meses, de las provincias catalanas, y aparece tambien formidable en las provincias vasco-navarras, son varios los pueblos que han formado batallones de francos para combatir á los carlistas, ya iniciando un enganche especial, ya movilizando los voluntarios de la república.

Barcelona ha sido uno de estos pueblos, segun se sabe, y no hace muchos dias que salieron dos batallones de francos de la capital del antiguo Principado, con el objeto de encaminarse á la alta montaña, en busca de las facciones carlistas.

Nuestro grabado de la pág. 229 es una copia *d'après nature* del aspecto que ofrecian las afueras de la ciudad condal, en la tarde en que marchó uno de los batallones aludidos, acompañado por un gentío inmenso que le aplaudia con entusiasmo.

TRES NOMBRES GLORIOSOS.

En la hermosa lámina que damos en las págs. 232 y 233, ofrecemos un tributo de admiracion y respeto á tres hombres insignes en la historia de la península ibérica: Vasco de Gama, el intrépido navegante portugues que descubrió el ignorado camino para la India; Hernando de Magallánes, que atravesando el estrecho que lleva su nombre, á costa de grandes peligros y dificultades sin cuento, enlazó, por decirlo así, los dos extensos mares en que se baña la América meridional; Mendez Nuñez, en fin, el preclaro español que escribió en la historia patria las páginas gloriosas de Abtao y del Callao.

En las inmediaciones de Cintra, sobre una escarpada montaña formada por altos peñascos, elévase la estatua de Vasco de Gama, de la manera que señala el primer dibujo de la citada lámina, copia de fotografía.

En la isla de Mactan, incluida en el grupo de las Visayas, que fueron descubiertas por el ilustre Magallánes, se ven todavía los dos sitios que aparecen tambien copiados en la misma lámina, y de los cuales el uno señala el lugar donde sorprendió la muerte al atrevido marino, y el otro retrata exactamente el estado actual de su antiguo sepulcro, en la misma isla de Mactan.

Por último, en el medallon del centro está una copia fiel del exterior de la modesta casa llamada de *Cuesta*, en Vigo, donde nació y murió nuestro bizarro, generoso y distinguido compatriota D. Casto Mendez Nuñez, cuyo nombre pronunciarán siempre con respeto y entusiasmo todos los buenos españoles.

En esta época de incertidumbre para el presente, de verdadera duda para el porvenir de la patria, parece como que el espíritu encuentra un consuelo dulcísimo recordando los hechos gloriosos que la historia guarda en sus anales, y creemos que nuestros suscritores recibirán con gusto la feliz combinacion artística del señor Pradilla.

EXPOSICION UNIVERSAL DE VIENA.

En medio de las luchas de la política y de los partidos, que llaman principalmente la atencion en los tiempos que corren, en casi todas las naciones de Europa los hombres ilustrados empiezan ya á considerar con interes cada vez más señalado todo lo que se relaciona con ese grandioso certámen artístico é industrial que deberá celebrarse, dentro de pocas semanas, en la capital del imperio austriaco.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, que se propone dedicar una gran parte de sus páginas á dar cuenta oportuna y detallada de los objetos más notables que se presenten en la Exposicion universal de Viena, observa atentamente los progresos que cada dia se realizan en las magníficas construcciones que se levantan en las márgenes del Danubio, en los alrededores del ancho Prater, destinadas al interesante concurso, bajo la inmediata inspeccion del activo é inteligente doctor baron de Schwarz-Senborn, nombrado director general de la Exposicion por el Emperador de Austria.

Este distinguido y sabio aleman, cuyo retrato publicamos en la pág. 236, es una de las personas más ilustradas del imperio, y toda la prensa de Viena celebró el acierto del monarca cuando en el periódico oficial apareció el nombramiento del baron de Schwarz-Senborn para el alto y codiciado puesto de director general de la Exposicion.

Descendiente de una noble familia, el baron de Schwarz nació en Viena, en Enero de 1815, y siguió sus estudios en la Universidad de aquella capital, distinguiéndose notablemente por su talento y aplicacion.

En 1840 desempeñó el cargo de secretario en una comision difícil y muy interesante para las artes y la industria; en 1850 fué nombrado comisario general de Austria en la Exposicion industrial de Leipzig; asistió más tarde á las famosas conferencias industriales de Dresde, tomando una parte muy activa en aquellos debates, y luégo ocupó distinguidos puestos diplomáticos en los consulados generales de Austria en París y Lóndres.

Igualmente representó á aquella nacion, con el carácter de comisario general, en la Exposicion de París, en 1855; de Lóndres, en 1862, y de París, en 1867, escribiendo interesantes crónicas científicas é industriales de aquellos concursos, que fueron muy aplaudidas por la prensa europea, y al mismo tiempo desempeñaba el cargo de corresponsal científico de varios periódicos.

Segun se dice de público, el baron de Schwarz-Senborn, que ya en sus obras citadas habia iniciado el pensamiento de celebrar en Viena una Exposicion universal que superára en magnificencia á todas las que hasta ahora se habian celebrado en Europa, fué el primero que, con la eficaz cooperacion del ingeniero Mr. Scott Russell, presentó al Emperador de Austria el proyecto, que hoy es casi un hecho, con los planos y presupuestos formados por el hábil ingeniero inglés, todo lo cual mereció la aprobacion más completa del monarca.

Hoy, el baron de Schwarz-Senborn, que ve próximo á realizarse su querido proyecto, es el alma de la gigantesca empresa, la voluntad poderosa y la fuerza enérgica que allanan todas las dificultades y vencen todos los obstáculos.

Han comenzado á llegar al palacio de la Exposicion, bien que áun no está concluido enteramente, numerosos trenes que conducen, desde las capitales de las cultas naciones europeas, escogidos objetos de arte y productos agrícolas é industriales; y el segundo grabado que damos en la citada pág. 236 representa la llegada de uno de dichos trenes, segun cróquis que se nos ha remitido.

Ademas, en la página siguiente, 237, presentamos una vista del magnífico pabellon del Jurado, tal como debe quedar, segun el proyecto, despues de terminadas las obras: éstas se hallan ya muy adelantadas, y dentro de pocos dias, segun dice un periódico austriaco que tenemos á la vista, nada faltará en dicho elegante edificio, así como tampoco en el artístico pabellon denominado de los *amateurs*, ni en el pabellon central del palacio, cubierto con la asombrosa cúpula que ha levantado el genio de Mr. Scott.

En estos cuatro edificios parciales se han colocado ya los suelos de madera fina, las columnatas de hierro labrado, los estucos de las paredes y de los techos, y se completan con actividad laudable las demas obras y detalles necesarios.

Finalmente, el segundo grabado de la misma página, representa el acto de empaquetar objetos y productos para la Exposicion de Viena, que son remitidos desde Madrid por la comision general española.

Todo lo inspecciona en Viena minuciosamente el baron de Schwarz-Senborn, que está dando pruebas de un celo y una laboriosidad sin ejemplo para la más digna realizacion del grandioso certámen.

«LA VIRGEN DEL DESIERTO», CUADRO DE D. GERMAN HERNANDEZ. (Véase la poesía del mismo título, página 247).

LA COFRADÍA DE LOS PENITENTES, EN PALENCIA.

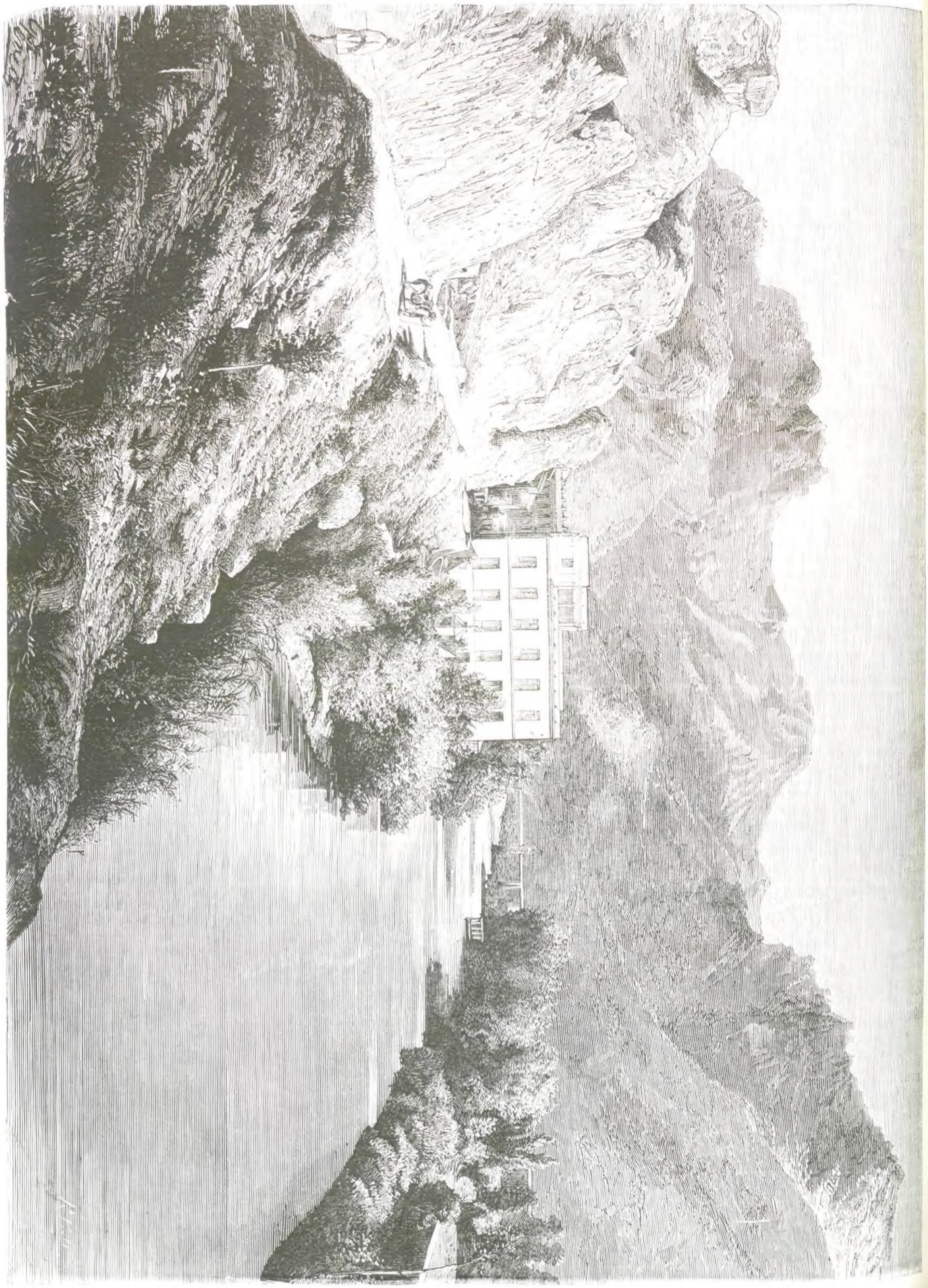
En estos dias en que la Iglesia católica conmemora el cruento sacrificio del Gólgotha, apénas hay una poblacion importante en España, en la cual no se celebren procesiones religiosas en representacion de los sagrados misterios de la Pasion y Muerte de Nuestro Redentor Jesucristo.

Famosas son en todo el mundo católico las procesiones de Sevilla y Toledo, y tambien la que se celebra en Palencia, en la tarde del Juéves Santo, por la antigua *Cofradía de los penitentes*, es digna de la religiosidad de ésta y del piadoso pueblo palentino.

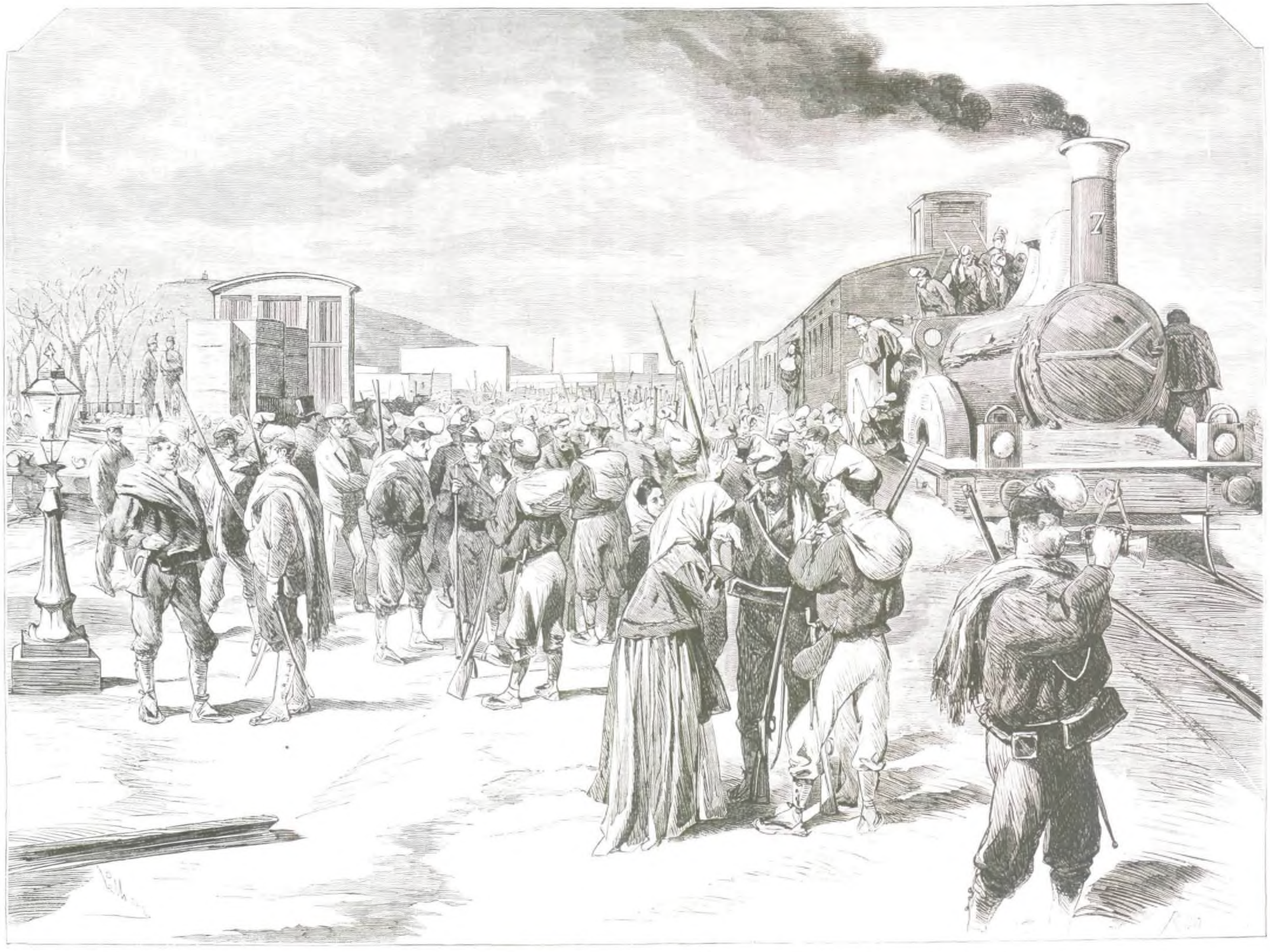
Nuestro grabado de la pág. 244, dibujo del distinguido pintor Sr. Casado, abunda en detalles curiosos que hacen innecesarias todas las explicaciones.

«EL AMPARO DEL HUÉRFANO», CUADRO DEL ALEMAN MR. GABRIEL MARK.

Interesante es el dibujo de la pág. 245, copia de un cuadro que ha presentado al público de Berlin el jóven



MURCIA.—Baños de Archena.—Vista del establecimiento.



BARCELONA.—Salida de un batallon de cuerpos francos á operaciones contra los carlistas.

pintor Mr. Gabriel Mark, discípulo de la Academia de Bellas Artes de Dusseldorff, de la cual salen freecuentemente artistas muy distinguidos.

Titúlase *El amparo del huérfano*, y representa una hermana de la Caridad en el momento de estrechar en sus brazos á un niño recienmacido, cuya madre, á quien aquella asistia, acaba de abandonar este valle de lágrimas por la mansion de la eternidad.

Nada más conmovedor que ese abrazo tiernísimo, nada más doloroso que la faz angustiada de la hermana, ni más inocente y puro que el dulce beso que estampa en la frente angelical del pobrecito huérfano, á quien la muerte ha arrebatado la madre que le dió el sér en este mundo, pero que halla otra madre cariñosa al lado de su cuna.

Este cuadro de Mr. Mark, que ha merecido entusiastas elogios de la prensa ilustrada de Alemania, parece que está destinado al museo particular del jóven rey de Baviera.

D. ANTONIO ARNAO, NUEVO ACADÉMICO DE LA ESPAÑOLA. (Véase la pág. 248.)

E. MARTINEZ DE VELASCO.

CRÍTICA LITERARIA.

EL TEATRO DE LOS CIEGOS. *Nuevo y muy sencillo sistema de representaciones dramáticas practicable, sin aparato ni gasto, en cualquier caso. Con á continuacion algunos diálogos, como primeras muestras en que ensayar el sistema.* Por D. Francisco Cutanda, de la Academia Española. Madrid, 1873.

ARTÍCULO PRIMERO.

Con el título de *La Familia Cristiana* publica el editor D. Antonio Perez Dubrull una escogida *Biblioteca de novelas morales dedicada á la juventud*. La han enriquecido con felices partos de su ingenio escritores de tan alta y merecida fama como Fernan Caballero, Selgas y Trueba; tan agudos y lozanos como Herranz y Liniers; tan entusiastas como Carulla, ó tan fecundos como Nombela, amén de otros muy dignos de particular atencion, y de várias damas novelistas ya conocidas y apreciadas. Una coleccion de obras amenas y provechosas, compuestas expresamente para recreo y enseñanza de los lectores, siempre ha de tenerse por útil; pero mucho más todavía en los tiempos que alcanzamos. Cuando la impiedad avanza con pasos giganteseos, merced á funestas predicaciones y á perniciosos escritos encaminados á viciar el alma separándola de toda santa creencia, es más necesario que nunca valerse de la palabra y de la pluma para evitar los desastrosos efectos de tan impetuosa corriente, mostrando la verdad ataviada con las galas y atractivos de la fantasía. En tal concepto, *La Familia Cristiana* presta gran servicio á la sociedad, y sobre todo á la juventud, pronta á dejarse llevar de las impresiones que recibe. Ha dado, pues, el Sr. Cutanda nueva muestra de su natural discrecion y amor al bien, escogiendo esta *Biblioteca* para insertar en dos de sus tomitos semanales *El Teatro de los Ciegos*.

Refiriéndome á la interesante novela titulada *Doña Francisca*, decia yo por Agosto de 1869, que la edad y los desengaños del mundo no han podido amenguar la nativa benevolencia de su autor el Sr. Cutanda; y que, á par de una imaginacion llena de frescura y lozanía, brilla en este sabio y modesto escritor un talento maduro y vigoroso. A tales indicaciones cumple ahora añadir que sin correr desalado en busca de cierta originalidad en las ideas y en el estilo, el autor de *Las tres ovejas* y de otras obras igualmente ricas en bellezas morales y literarias ha encontrado el secreto de la originalidad en el pensamiento y en la forma, sin dar por ello en extravagante, como suele acontecer á los que se afanan por conseguirla. Desgraciadamente para éstos, la originalidad, en el buen sentido de la palabra, no es del que la busca, sino del que la encuentra; y cuando un poeta ó escritor pone mayor empeño en pasar por original, saliéndose del camino propio de la inspiracion verdadera, más va engolfándose cada vez en la extravagancia y el mal gusto. La originalidad, para merecer tal nombre, necesita ser genial y espontánea como en el Sr. Cutanda. De otra suerte raya en aprension, en manía, y no llega á producir jamas obras acreedoras al aplauso de los doctos.

Escatimar alabanzas á una produccion como *El Teatro de los Ciegos*, fuera cometer gran injusticia. Con razon dice en ella el Sr. Cutanda que es cosa más séria de lo que parece á primera vista cuanto se refiere al teatro; y no anda ménos atinado añadiendo que no se debe pensar en introducir en él novedad ninguna sin pesar bien ántes sus consecuencias. Porque así lo ha hecho el Sr. Cutanda, me parece tan digno de consideracion y de elogio el nuevo linaje de representacion dramática que su claro talento y fecunda imaginacion le han sugerido, y que está llamado á plantear y generalizar una diversion honesta, hija del teatro, útil y sumamente recreativa.

¿En qué consiste la novedad de esa diversion? ¿A qué se reduce *El Teatro de los Ciegos*? Nadie lo ha de explicar de una manera tan expresiva ni con tanta lucidez como el autor mismo:

«He observado (dice) que los ciegos, que no pueden gozar de la accion, ni de la mímica, ni de lo que la pintura y la perspectiva contribuyen para completar la ilusion, gozan, sin embargo, grandemente en el teatro, y raras veces dejan de comprender el argumento, y de enterarse de las situaciones y escenas. El texto del drama y la inflexion de la voz de los actores, son los únicos medios que tiene el teatro para atraer y cautivar la atencion de los ciegos. Y aunque no poco se conceda á la facultad de concentrar la atencion, que es peculiar en ellos, y algo al propio tiempo á la virtud de la resignacion, que parece concede la Providencia como compensacion y consuelo á todos estos desgraciados, todavía creo que el drama puede ser pasto agradabilísimo para los que no son ciegos, despojado de todos los atractivos que dependen del sentido de la vista.

»No sería ésta la vez primera que las invenciones humanas, despues de llegar á toda su posible perfeccion, retroceden á su primitiva sencillez, y no sólo continúan siendo útiles, sino que adquieren de este modo cierta novedad picante y agradable.

»Dicho se está que mi sistema, que apénas necesito acabar de explicar, no se encamina á la modificacion, ni á la conversion, ni ménos á la extincion del teatro; dirígese á poner á su lado una diversion, un recurso fácil, en todas partes practicable, de ningun gasto, y capaz, sin embargo, de muchos y especiales atractivos.

»Concedida, como es justo, la superioridad de la ilusion perfecta, ó lo más aproximada á la perfeccion, á que aspira el teatro, no habrá quien niegue, por poco que se detenga á experimentarlo, que la ilusion imperfecta, la que sólo se sostiene por la declamacion, se aproxima á veces tanto á la otra, que no es ménos profunda, y acaso es más fácil de sostener. No hay ilusion teatral sin buena voluntad en el espectador, y sin multitud de concesiones generosas por su parte. Ni el dia es dia, ni el bosque, ni la montaña son lo que representan, ni los hombres obran refiriendo, ni hablan en verso, ni X. puede ser Pelayo, ni X. Dido, etc.; como que á todos los conocemos por diestros imitadores de millares de personalidades distintas. Siendo de observar que el espectador sabe á toda hora lo que concede y da por supuesto, y retira sus concesiones á menudo, porque le despierta la realidad á cada paso; que tiene siempre bien presentes sus derechos, que son los de la verosimilitud, dentro de los límites convenidos, los del decoro, los de la consecuencia en los personajes y en el autor, los de un interes creciente y desde un principio siempre vivo, los de la propiedad histórica y moral, etc.; en una palabra, que hay un verdadero contrato entre el autor y el público, en que éste concede que pasará por las mil inverosimilitudes que son de necesidad, pero á condicion de que ha de recibir en cambio mucho recreo, y mucha, pero muy disimulada instruccion. Va siendo este negocio sumamente difícil, y más cada dia, á medida que el público va siendo más inteligente é ilustrado. El precio, sin embargo, es la gloria, y la gloria demostrada directa y actualmente por la aprobacion, el aplauso y hasta el entusiasmo del público; manifestacion que no tiene equivalente en lo humano respecto á ninguna otra especie de mérito literario, y escasamente respecto á ningun otro mérito moral, político, social ni patriótico. Y todos sabemos lo que los hombres son capaces de hacer, y en especial en la juventud, por la gloria. Se ha formado, pues, un arte y dificilísimo, y en ninguna parte escrito y recopilado por completo; arte que no suele bastar para aprenderlo una regular vida, y que, despues de bien aprendido y religiosamente observado, produce luégo desengaños y humillaciones, como el escritor no se halle dotado de verdadero genio, ademas de un vivísimo y fecundísimo ingenio. Si las artes de imitacion, la pintura y la escultura, requieren genio, ¿qué no exigirá éste, que consiste en la imitacion de la naturaleza moral, hasta suplirla y mejorarla, dándole más vida y más viveza que tiene la realidad?»

Sentados estos preliminares, el Sr. Cutanda prosigue explanando y poniendo de bulto su bien pensada innovacion en los términos siguientes:

«Hay en el teatro el inevitable inconveniente de que todo lo que se ejecuta y se dice, se descubre que tiene por principal objeto que se vea y se oiga; y por consumados que sean los actores, hasta su mismo esmero, y lo culto del lenguaje, y lo escogido de las frases, y el atropello de los sucesos, y mil otras circunstancias, descubren que aquello es todo una creacion teatral, que ni intenta siquiera hacerse creer como cosa efectiva. Son demasiadas las concesiones, y la ilusion es flaca, asustadiza, quebradiza.

»¿Sería menor esta intensidad si no viésemos á los actores, llegando sólo á nuestros oidos sus monólogos y sus diálogos, supuesta una excelente expresion y una declamacion ardiente? La imaginacion es el campo de todas las ilusiones; la preparacion del que las busca es la principal condicion de su existencia, y la intension de este deseo la medida de su fuerza y energía. ¿Quién no ha visto á un niño á caballo en un baston, con la seguridad de estar siendo jinete, menospreciar á los compañeros reducidos á tener que andar á pié?—No hay que sonreirse; todos somos perpétuamente niños cuando se trata de ilusiones; cada edad tiene las suyas, y todos las encontramos y las lisonjeamos siempre que hay en nuestro corazon un apetito vehemente ó un querido error. Preguntad á los amantes, y veréis qué cosas tan pequeñas, tan insignificantes, los exaltan y extasian más acaso que la presencia misma de la persona que esas cosas simbolizan. Preguntad al muchacho gloton, y veréis cómo convierte el pedazo de pan en dulce ó aquel manjar que más le está apeteciendo.

»Lo mismo el anciano que hace por recordar sensaciones que pasaron para no volver, y veréis cómo se exalta y se cree electrizado, aunque no lo está ya, no lo estará jamas. En una palabra; la ilusion es un error imputable, y á ese error contribuye más la buena disposicion del que en ella quiere creer, que las mejores disposiciones que se tomen para que en ella caiga. No quiero hablar de la ópera ni del baile y la pantomima.

»En ellos prescindimos hasta del imposible absoluto, y cedemos á la voluntad de que nos encanten los primorosos esfuerzos de quien se empeña en luchar con el imposible mismo.

»De aquí la esencial diferencia de las ilusiones naturales y la ilusion teatral. Cuando vemos tronchada la vara que tenemos introducida en el agua, cuando juntarse á lo léjos las dos filas paralelas de árboles que forman una calle, la ilusion es universal, y hasta cierto punto verdad, no puede evitarse, necesitándose mucha reflexion para convencernos de que no es verdad absoluta. Esta es la verdadera ilusion. El que tiene viciada la percepcion y ve todos los objetos teñidos de encarnado ó amarillo, padece ilusiones de enfermo. El que ve un enemigo, las más veces imaginario, en cada persona que se le presenta, y se cree obispo ó pontífice, sin haberse ordenado de prima, éste padece ilusiones de orate. Hé aquí los límites de la verdadera ilusion, que mejor se dice alucinamiento. Aquí hay siempre vicio en la percepcion, etc.

»Pero viniendo á las ficciones confesadas por el autor y reconocidas por el espectador ó el lector, no se me negará que algunas plumas tienen tal aptitud, tal viveza descriptiva, que muchas veces tenemos que dejar el libro, costándonos trabajo borrar de nuestra presencia los personajes y las escenas, y de nuestro corazon las impresiones y los afectos que su lenguaje y sus situaciones han suscitado. Apénas habrá escritor de fábulas (tomando esta palabra en toda la extension de su significado), como sea de los grandes, de los insignes, que no alcance á las pocas páginas de su tarea á crear en la imaginacion de sus lectores una personificacion tan marcada de sus actores principales, que cada uno de ellos, á ser mediano dibujante, podria fácilmente retratarlos; y bien seguro es que, reunidos despues todos estos retratos, apénas se diferenciarian los unos de los otros. Lo mismo sucede con las principales escenas que describen.

»Ahora digo yo—y éste por fin es mi pensamiento:—si á ciertas escenas de alguna viveza y artificio se añadiese la viveza del diálogo, la diferencia de las voces, la consecuencia de su tono y manera de hablar, aunque estos personajes fuesen invisibles, ¿no podria crearse una ilusion bastante viva, capaz de sostener interes y de producir un, digámoslo así, espectáculo que pudiera ser aceptable y hacer cierto grado de fortuna entre nosotros?»

Indudablemente. Y para remachar el clavo más todavía, no dejando nada que adivinar al lector sobre la manera de realizar tan curioso espectáculo, el Sr. Cutanda consagra el tercer capítulo de su obrita á descubrir completamente el proyecto, indicado, razonado y justificado ya en las citas anteriores.

«Supongámonos, dice, en una de nuestras habitaciones cualquiera, congregados con buen humor y buena voluntad de proporcionarnos recreo, sin melindres, prevenciones, ni una disposicion enteramente fastidiosa y decidida á censurar, á ridiculizar todo cuanto se nos presente.

»Supongamos que esa pieza ó sala está en comunicacion con otra sala ó gabinete por medio de una puerta bastante ancha.

»Supongamos que, abierta esa puerta de comunica-

eina vence á la morisma en los últimos reductos
a en las últimas trincheras; Colon pedia por el
le Dios la proteccion de Reyes, Príncipes y Doc-
y la Reina Isabel le consideró cuerdo para em-
tan colosal y gigantesca, cuando los demas le
por visionario; los pueblos aspiraban á la sepa-
y la Reina propuso la unidad para mayor fuerza
erio de España.

se comprende que el pueblo, objeto de las prefe-
s de aquella incomparable mujer, y la casa que
a á la majestad real, sea visitado por nacionales
anjeros. Sobre todo, el castillo de la Mota tiene
ud de reunir en su circuito y sobre sus murallas,
ratos, escritores y artistas que se alimentan de
les recuerdos y de señaladas victorias.

eriendo el autor de estas líneas visitar los monu-
os de Medina del Campo, buscó á un su amigo,
docto por cierto, aunque víctima de las luchas in-
nas de la Francia, para quien ha sido una verda-
providencia la empresa del ferro-carril del Norte,
bos se dirigieron á la ciudad solitaria, que un dia
orte de Castilla.

ué inmensa satisfaccion al ver aquellos muros que
ian á los siglos y á los elementos! ¡Qué placer
arga el ánimo al contemplar la casa de un Rey y
duarte guerrero de un soberano! ¡Qué recuerdos
á la mente la residencia favorita de Isabel la Ca-
a!

iseando por las desiertas galerías nos encontramos
ros viajeros, alguno que no hablaba con facilidad
ngua de Cervántes. El saludo cariñoso produjo la
ersacion familiar, y ésta dió orígen á una contro-
ia política y financiera.

—Yo,—decía un veterano de la guerra civil,—servi
el ejército liberal, entónces se llamaba de la Reina:
prodigue mi sangre en los campos de batalla por las
ituciones representativas, pero desde el convenio de
gara llevo perdida la fe, me abandona la esperanza
eo que no hay remedio para este desventurado país.

—¿Por qué? repusimos todos á la vez.

—Porque las monarquías constitucionales, no ésta,
uélla, sino todas, absolutamente todas, padecen
aques y sienten flaquezas de carácter grave. La po-
ca ha ido lastimando el corazon, y ya es una enfer-
dad orgánica la que les acompañará hasta el sepul-
. Solo las sociedades que conservan la fe y se inspiran
la tradicion histórica, sobrellevan con paciencia y
vigor las luchas en el terreno de la inteligencia y
la fuerza.

—¿Qué clase de achaques y flaquezas son ésas?

—Várias. Pero sigamos paseando y yo tendré el hon-
r de exponer las dolencias, ya crónicas, de las mo-
rquías constitucionales. Limitándome á España, di-
á VV. que, á mi juicio, se resumen en las siguientes:

1.ª La falta de fuerzas marítimas en una nacion que
á rodeada de costas, y cuyas provincias de Ultramar
igen una gran armada. La naturaleza nos ha hecho
rinos.

2.ª El demasiado punto y estimacion á que ha subi-
la milicia y la toga, donde suelen ganarse los pre-
os ciertos y seguros.

3.ª La poca aplicacion de la nobleza española al ejer-
cio militar y profesional.

4.ª El diverso valor de la moneda, que es orígen de
nfusiones y de pérdidas colectivas é individuales.

5.ª La falta de hombres en la nacion española inte-
gentes y prácticos de las cosas de afuera y la abun-
ncia de presuntuosos.

6.ª La poca aficion al tráfico, á la industria y al co-
ercio, que anda en manos extranjeras.

7.ª La escasa aplicacion de los españoles á las artes
ecánicas, pues todos desean ser empleados, y no sas-
es ni zapateros.

8.ª El lujo exorbitante que se usa en el país, y no
uede ser rica una nacion donde están pobres los va-
allos.

9.ª El descuido en examinar las cualidades y talen-
os de las personas á quienes se dan empleos, y el gran
úmero de éstos.

10. El poco respeto que alcanza la autoridad jerár-
uica en nuestro país, pues ni la pena reprime al malo
i el premio alienta al bueno.

Y 11. La libertad exagerada de los goces materiales.

—¿A qué reinado y á qué siglo se refiere V.? y pre-
one la pregunta.

—Al siglo actual y á los reinados constitucionales
ue hemos conocido.

—Decia esto, y nuevamente le pido perdon por esta
ngerencia.....

—V. es muy dueño.

—Muchas gracias, decia esto porque en tiempo de
Felipe IV escribió D. Joseps Arnoufini, abad de Illés-
as, un discurso político sobre el estado de la monar-
uía, que lleva la fecha de 15 de Enero de 1662. Pues
ien; en este dicsurso, que se conserva inédito en la sala de manuscritos de la Biblioteca Nacional (1), se exponen los achaques y flaquezas de la monarquía, que si la memoria no me es infiel, son los mismos y algunos más de los que V. acaba de indicarnos.

—No es posible.

—Posible será cuando un sacerdote tan respetable como el abad de Illéscas, que estaba en gran predicamento en la córte, tuvo el valor de escribir y entregar al Rey en propia mano ese discurso.

—Me llama la atencion que entónces se conociesen vicios originarios del descreimiento y de la relajacion de costumbres de las sociedades modernas.

—Pues no debe llamársela, porque los vicios modernos tienen una progenie harto antigua, y vienen á ser una nueva edicion, quizás corregida y aumentada, de los que conocieron nuestros ascendientes.

—¡Ah! el desenfado de los niños de ahora y la soltura de los jóvenes del dia no eran consentidas á los abuelos de antaño.

—Diré á V. que la forma del vicio ha variado, como varía la moda y el gusto del público, pero en el fondo es el mismo, sin que á las generaciones modernas pueda concedérselas ningun privilegio de invencion, pues en esta parte, faltas de ingenio, se limitaron á copiar las descripciones de otros tiempos y de otros hombres. Dejando esto á un lado, que vendrá más adelante, ¿me permite que le señale las variantes entre *los achaques* de V. y los del abad de Illéscas?

—Todo soy oidos.

—Pues bien: el abad de Illéscas, que no debia ver con buenos ojos el estado del reino durante la época de Felipe IV, dirigió al monarca un discurso político, digo mal, más bien que discurso una serie de consejos en forma de afirmaciones revestidas de cierto carácter sagrado. En este memorial dice al Rey que la juventud del príncipe, heredero de tantos y tan diferentes Estados, en lenguas, en costumbres, en privilegios y en afectos, es una dificultad para el gobierno del país.....

—Permita V. que le interrumpa. Vea V. si entónces tenia libertad el vasallo para habérselas con el soberano.

—Advierto á V. que el interpelante era sacerdote, y á éstos se les concede en todos tiempos por su sagrado ministerio y en nombre de la religion católica la fórmula de las advertencias que tiendan á la paz y procuren llevar la calma á los espíritus agitados.

—En la guerra civil no siempre aceptábamos esa teoría.

—¡Ay, amigo mio! En las luchas civiles los partidos políticos y las clases sociales se ven envueltos en torbellino de pasiones, y son disculpables sus ligerezas y sus extravíos. Siguiendo adelante, diré á V. que el abad de Illéscas se lamentaba tambien de la falta de fuerzas marítimas; de los premios que se concedian á la toga sin *fatiga* de los juzgadores; de la escasa aplicacion de los grandes al ejercicio militar, pues preferian, palabras textuales, sentenciar pleitos de seis maravedises, á la toma de una plaza ó á la victoria en los campos de batalla, indicacion, en mi sentir, exagerada, porque una parte de la nobleza prodigó en los tiempos antiguos y modernos su sangre y sus tesoros en defensa de la patria; le amargaba de todas véras al buen sacerdote el diverso valor de la moneda, que todo se le volvia sello y resello, altas y bajas, amén de las falsas que circulaban.....

—¿Circulaban entónces monedas falsas?

—Y no pocas. Se dolia á la vez de la abundancia de gente presuntuosa, que pretendia saberlo todo, y de la poca aficion de los españoles al tráfico y al comercio, pues los franceses, genoveses y demas extranjeros todo se lo ganaban; para ellos era todo el trabajo: de la indiferencia á las artes mecánicas y oficios materiales, siendo así que procuraban ingresar en las oficinas públicas y en los conventos; es decir, querian ser empleados ó frailes, llegando los primeros, sólo en el ramo de Hacienda, á 8.000.....

—Mucho me parece.

—No hago más que referir á V. lo que en extracto afirma el abad de Illéscas. Y añade más, que el empleado que ménos, gozaba un sueldo anual de 300 ducados. A todo esto se aumentaban las alcabalas, los derechos de entrada y salida de géneros y otros tributos, y concluye diciendo, despues de lamentarse del poco temor de Dios, que «por dos reales los alguaciles cerraban los ojos al vicio, y las propinas de los consejos se llevaban un *gran pedazo de la Hacienda Nacional*». Hasta tal punto crecia el abuso, que un alguacil era más estimado que un gobernador de armas, un maese de campo ó un consejero.

—Yo respeto, siquiera sea por su carácter sacerdotal, la memoria del abad de Illéscas; pero paréceme que anduvo poco cuerdo al describir con tan vivos y exagerados colores el reinado de Felipe IV. Estudié algo aquellos tiempos y aquellas costumbres; no me preocupa la pasion política, porque pertenezco á esa mayoría indiferente del país, á quien el Sr. Ruiz Zorrilla, en uno de sus discursos en la Cámara popular, calificaba de partidaria de buenos gobiernos, de buena Hacienda y de buena Administracion; tengo algo perdida la fe en el sistema liberal, pero no reniego definitivamente de sus ventajas, si la paz pública se consolida durante un cuarto de siglo; vivo exento de odios y temores, no conservo otras relaciones con el Tesoro que una modesta asignacion, y estoy en el caso de decir á V. lo que siento, lo que deseo y lo que sé.

—Usted dirá.

—Es indudable que en el reinado de Felipe IV se cometieron faltas, y ¿quién no las comete? Pero no lo es ménos que si, juzgado en detalle, y ante una crítica suspicaz y recelosa, aparecen algunos lunares, en conjunto admite la comparacion con cualquiera del siglo XIX. Si nos fijamos en la cuestion financiera, ¿no deben VV. á ese monarca la creacion del papel sellado, origen de una renta muy saneada en el presupuesto de ingresos? ¿No le pertenece el derecho de lanzas, contribucion exigible á los grandes, títulos y prelados españoles, en equivalencia de los bienes que poseian? ¿No corresponde á él el Real decreto de 14 de Enero de 1622, dado en el Pardo, disponiendo que todos los ministros, consejeros de Hacienda, presidentes de los Consejos, chancillerías, vireyes, gobernadores, regentes, alcaldes de casa y córte, fiscales y oidores, ántes de tomar posesion de sus cargos presentasen un inventario de todos los bienes y hacienda que poseian, inventario que se renovaria á medida que fuesen ascendiendo? ¿No se debe á su propia iniciativa y á la de D. Francisco de Contreras, presidente del Consejo de Castilla, la ampliacion de ese decreto (2) á todos los que hubiesen sido funcionarios de Justicia, Estado y Hacienda desde 1592 en adelante, incluyendo en los inventarios los bienes muebles, inmuebles, alhajas, carruajes y caballos? ¿No llegó á suprimirse en 1622 el oficio de bordador, para que las gentes no usasen bordados de oro y plata, limitando de esta manera el lujo? Pero no acabaria á preguntas, si el tiempo bastára á este objeto. Me limitaré á consignar el estado de la monarquía en tiempo de Felipe IV. Ya sabe V. que el 31 de Marzo de 1621 empezó á reinar este príncipe, por fallecimiento de su padre.

Ante Juan de Cervia y el Duque de Uceda, que se llamaba D. Cristóbal de Rosas, secretario de Estado y notario público, se abrió el testamento, tal como se habia acordado dos horas despues de la muerte, asistiendo á este acto el arzobispo de Búrgos, D. Fernando Acevedo, presidente del Consejo de Castilla; el Duque del Infantado, mayordomo mayor; el Dr. Roig, vice-canciller de la corona de Aragon; D. Luis Aliaga, confesor de Felipe III é inquisidor general; el Conde de Benavente, presidente de Italia, y otros representantes de la nobleza.

El juramento de Felipe IV, como príncipe de Astúrias, se habia realizado en San Jerónimo de Madrid, á 13 de Enero de 1608. Por cierto que cuadró la solemne ceremonia en domingo, y el regio heredero tenia sólo dos años y ocho meses de edad. A las doce ménos cuarto tuvo lugar, asistiendo los Monarcas, procuradores, títulos y caballeros, maceros, reyes de armas, obispos, grandes de España; en una palabra, cuanto de notable encerraba la córte. La funcion religiosa se llevó á cabo con magnificencia, y por la noche los Reyes ofrecieron un agradable sarao á los cortesanos y á los que aspiraban á serlo.

Felipe IV sucedió á su padre á los diez y seis años de edad. El reinado fué azaroso dentro y fuera de la Península. La sublevacion de Cataluña, auxiliada por enemigos extranjeros, y la emancipacion de Portugal, debilitaron la monarquía prepotente de Cárlos V y de Felipe II, no lo niego, ántes que todo soy imparcial; pero las victorias de los españoles en Picardía, en Borgoña y en el Milanesado, y la proteccion decidida que prestó á las artes, á las ciencias y á las letras patrias, compensan sobre manera los lunares de su reinado. Es indudable que no mereció Felipe IV el dictado de grande, ofrecido por los aduladores y por los palaciegos; sin embargo, nadie puede escatimarle la reputacion de literato, poeta y hombre de estudio.

—Escuchamos á V. con diligente atencion, porque siempre se aprende de los mayores en edad, dignidad y gobierno. Conviene saber el estado de la Europa, al empezar el reinado de Felipe IV, ántes de que sigamos examinando los actos de este monarca, dignos de alabanza ó de censura (3). En Italia habia paces, si bien

(1) Indice, H-135.

(2) 3 de Febrero de 1622.

(3) Estado en que estaba el mundo y los príncipes que gobernaban, cuando empezó á reinar Felipe IV, año 1621.—Manuscrito de la Biblioteca Nacional, H-54, fólio 3.

ISLA DE MACTAN.—Visayas.—Lugar donde murió Hernando de Magallanes.

CINTRA.—Estatua de Gama.

VIGO.—Casa donde nació Mendez Nuñez.

ISLA DE MACTAN.—Visayas.—Sepulcro de Hernando de Magallanes.

cion, se tapa perfectamente la entrada con una cortina ó paño de tejido muy espeso, y de color muy oscuro, mejor negro, á fin de que nada pueda distinguirse de lo que pasa por la parte de adentro, aunque haya, como necesariamente ha de haber, luces encendidas. Se me olvidaba suponer que prefiero decididamente la noche para este sencillo espectáculo.

» Y supongamos que, dispuestas y repartidas entre dos, tres, ó á lo más cuatro interlocutores, no comedias, no tragedias, no dramas, sino sencillísimas fábulas escritas expresamente para este ejercicio, se leen, y mejor se declaman con inteligencia, con energía. ¿Nacerá ó no de esta especie de ciega representacion algun calor, algun interes, ó, por el contrario, todo se reducirá á sólo el mediano efecto de una recitacion ó una buena lectura?

» La mejor respuesta, ¿quién lo duda? sería sujetar este pensamiento á la prueba, y estar á lo que resultase de la experiencia. »

Como se ve, la idea del Sr. Cutanda es tan ingeniosa y tan nueva, como útil puede ser en la práctica para proporcionar honrado deleite á las personas de gusto. Parece imposible que no se haya ocurrido ántes á otro (á lo ménos que yo sepa) cosa tan sencilla y tan dentro de las condiciones propias de la naturaleza humana.

Expresion poética de la vida real, la representacion dramática reconoce como primitiva fuente del interes que despierta en los que á ella asisten, la verdad de los caractéres y la animacion de las pasiones. Todo lo demas es secundario, aunque en épocas de anarquía moral y de decadencia artística se paguen con preferencia autores y público de lo que puede halagar los sentidos, y procuren hablar más á los ojos y á la fantasía que al corazon del auditorio.

Despojado el *Teatro de los Ciegos* de accidentes externos deslumbradores, dirígese ante todo á causar viva impresion en el ánimo, á encadenarlo por medio de cierta curiosidad mental, á herir las cuerdas del sentimiento, á posesionarse del alma de los oyentes con recursos exclusivamente sacados del alma misma. Yo no diré si el linaje de poemas que es necesario crear para conseguir el efecto que se propone el Sr. Cutanda debe considerarse como retroceso ó como adelanto en los dominios de la inspiracion escénica. Pero se puede asegurar sin temor, ánn ántes de conocer ensayo alguno de tal especie, que difícilmente llegará al fin por este camino quien no conozca bien los misteriosos resortes del corazon y la natural elocuencia de los afectos.

Si en las obras teatrales más al uso general del dia el brillo de las decoraciones y de los trajes, las numerosas comparsas, todo aquello que hoy se denomina aparato escénico suple algunas veces lo que falta al drama en verdadero interes y en belleza intrínseca, el *Teatro de los Ciegos*, extraño á los recursos y atractivos de la parte que pudiéramos llamar fantasmagórica, necesita emplear recursos de distinta índole y apelar al elemento más puro y jenuinamente dramático, por lo mismo que se funda en lo que constituye la parte esencial del drama. Que esto será en concepto de algunos un retroceso, téngolo por indudable. Que debe estimarse como adelanto, cuando el materialismo invasor y degradante que nos abruma ha viciado y corrompido el sér propio de la representacion dramática, tambien me parece fuera de duda.

No he de repetir yo mal lo que tan bien ha expuesto el Sr. Cutanda; pero sí es cierto (y lo tengo por indudable) que las impresiones que recibe el alma por medio del oido son más eficaces que las que causan en ella la vista, el tacto, el olfato y el paladar, es porque nada iguala en poder á la voz y á la palabra humana cuando se trata de herir la inteligencia y conmovernos con la expresion de lo que sentimos ó pensamos. El hombre de mejor vista no podrá nunca formar cabal idea de la accion que se represente á sus ojos, si carece de la facultad de oir. El ciego tardará poco en conocer á los diversos interlocutores de un drama por el distinto sonido de su voz, y seguirá la marcha y desarrollo del poema con tanto más interes, cuanto es mayor la intensidad con que recoge su espíritu lo que aquéllos dicen, libre de las enojosas distracciones que á veces separan la atencion del espectador de lo que pasa en su presencia. Dirígese, pues, exclusivamente al oido el *Teatro de los Ciegos*. Esta especial condicion suya nos pone hasta cierto punto en situacion análoga á la del ciego verdadero, llevándonos como forzosamnete á fijar mayor atencion en lo que oimos, so pena de no poder apreciar el valor ni percibir las bellezas de la obra representable.

En vano intentará una fábula de esta clase interesar al oyente, si no rinde tributo á la verdad humana y se alimenta de exageraciones que pugnen con los sentimientos del corazon. Para que el *Teatro de los Ciegos* corresponda al fin que su inventor se propone es indispensable que el auditorio tenga, cuando ménos, por verosímil lo que oye decir á los invisibles personajes que han de cautivar su atencion ó despertar su curiosidad con el mero empleo de la palabra, auxiliada por una declamacion natural, en armonía con los afectos que expresen. De otro modo se hastiará en breve de lo que oiga y lo juzgará farsa ridícula, en vez de llegar á estimarlo, como pudiera suceder, viva y poética realidad.

Hoy que tan en boga están las llamadas vulgarmente comedias caseras, y que personas de diversas condiciones y jerarquías tienen el buen gusto de buscar distraccion y ameno esparcimiento en esta clase de espectáculos, podrá apreciarse mejor que otras veces la utilidad del nuevo y sencillísimo sistema de representacion dramática imaginado por el docto individuo de la Academia Española. Cuando se tocan á cada paso los inconvenientes de representar comedias en teatros particulares, siempre relativamente mezquinos, y que á pesar de ello exigen gastos de alguna consideracion, si se han de ejecutar las obras con mediana propiedad en trajes y decoraciones, ¿cómo desconocer las ventajas del ingenioso invento á que da el Sr. Cutanda el nombre de *Teatro de los Ciegos?*

No contento el autor de tan peregrina idea con exponerla del modo que hemos visto, para que puedan todos apreciarla y ensayarla convenientemente, consagra otro capítulo de su obra á manifestar cómo han de ser las composiciones que se han de ejecutar en el susodicho teatro. Las reglas que fija son atinadas y oportunas, como de hombre versadísimo en todo género de letras humanas. Refiriéndose á las especiales condiciones que deben tener las piezas escritas para el *Teatro de los Ciegos*, dice que sean sumamente sencillas, y en general que no pasen de un solo acto, ni exceda de cuatro el número de los interlocutores.

« En este espectáculo (añade) el diálogo es el todo. Toda la ilusion del auditorio tiene que consistir en verse como sorprendido por algunas escenas inesperadas, de que se entera, digámoslo así, á hurtadillas, no convocado, no consentido en que concurre á presenciar un verdadero espectáculo. Ha de conocer los personajes por el eco de la voz y lo material de los discursos. Y esta sorpresa, esta ilusion, han de ser breves, sin que se deba nunca abusar de ella. Tengo para mí que el auditorio, por lo mismo que no ve á los actores, se ha de figurar que su accion y gesto son perfectísimos, á poco que la lectura ó la recitacion sean de esmeradas. Lo mismo presumo de las localidades, los trajes y el porte de los personajes. Haya fervor en los recitantes, identifíquense con el carácter que tomen á su cargo, y los congregados les suplirán y les concederán cuanto sea menester para el interes y la ilusion. Confía poco en el poder de la imaginacion el que para todo requiere que las impresiones sean en el sentido de la vista; y si fuésemos á enumerar lo que en el teatro se suele ver, y ajustáramos la cuenta de lo que visto allí favorece ó perjudica á la ilusion, ¡quién sabe si el resultado sería en favor ó en contra!

» Para empezar prescribiendo la sencillez y brevedad de las fábulas, me fundo en que la distraccion es muy fácil en el *Teatro de los Ciegos*, y sus estragos irreparables. En el verdadero teatro, una corta distraccion no suele interrumpir el hilo de la fábula; porque la actitud de los actores, el lugar, los antecedentes y consiguientes, ayudan á suplir lo que se perdió; y no sucede así donde no hay otro vínculo entre los recitantes y los oyentes que el eco de la voz de los primeros.

» Dicho se está que en este género de representacion no caben acotaciones, ó muy pocas.

» Los caractéres tienen que descubrirse muy pronto y muy marcadamente, no sólo por la brevedad de la fábula, sino porque no cabe engañar al auditorio; pues el engaño sería completo no habiendo accidentes en los personajes que indiquen la verdadera condicion de cada uno, como siempre los hay en el teatro; y porque resultaria un error de cada uno de estos disimulos, y luégo aparecerian contradictorios los caractéres, no sabiendo los oyentes á qué atenerse.

» Algunos auxiliares de la representacion, con tal que puedan afectar al oido, podrán consentirse; pero muy pocos, y cuando sean indispensables.

» El cambio de las escenas, la entrada y la salida de interlocutores en ellas, tienen que anunciarse expresamente, aunque sea con algun artificio, pues de otro modo todo sería confusion; y éste es uno de los inconvenientes de tan imperfecto género de representacion.

» No considero aplicables á él casi ninguna de cuantas fábulas dramáticas conocemos, aunque sean muy sencillas, sin un retoque, un arreglo especial.

» El interes del diálogo tiene que ser muy grande, y al menor descuido en esto puede contarse, no sólo con el disgusto, sino con la dispersion de los oyentes, y hasta con el descrédito de este pobre género. Lo presiento: su triunfo ó su ignominia penden de la bondad de las primeras fábulas que se representen, y de la maestría de los actores, que no deben imaginar que basta leer, y leer bien, para lucirse, sino conocer que en la magia de su voz, en la intencion, en el colorido, ha de consistir todo, necesitándose prodigiosos esfuerzos para cautivar á un auditorio con tan débiles medios.

» Acaso los argumentos que más convengan sean los históricos, en que el oyente sabe el hecho, conoce los caractéres, y se ha de recrear en atender al modo con que se le describen cosas muy sabidas.

» Escenas sueltas brevísimas reducidas á la exposicion de un carácter puesto en accion, pueden tener aquí mejor cabida que en el teatro: con tal que se huya del monólogo, como enemigo declarado de este nuevo sistema. »

Á la experiencia remite el Sr. Cutanda enseñar, con ejemplos de que se puedan deducir un dia reglas seguras, qué circunstancias han de tener estos *diálogos* para llenar satisfactoriamente su objeto. Pero como el discretísimo innovador no es hombre que hace las cosas á medias, ha comprendido bien que será difícil apreciar la eficacia y virtud de tales poemas para el fin á que se dirige el *Teatro de los Ciegos*, interin no haya alguno escrito expresamente con las condiciones que requiere el caso. Esta persuasion le ha llevado á trazar varios cuadritos que sirvan como de modelo del nuevo género, completando así la idea, y proporcionando á todos el medio de poder desde luégo ensayarla prácticamente.

La extension de este artículo me impide analizar aquí los diversos *diálogos* en que ha ejercitado el señor Cutanda su docta pluma, segun merece la importancia que los avalora. Lo haré otro dia con atencion correspondiente á su mérito, para que lo conozcan y aprecien debidamente los lectores de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

MANUEL CAÑETE.

ACHAQUES Y FLAQUEZAS ECONÓMICAS

DEL REINADO DE FELIPE IV.

En el centro de Castilla se halla enclavada la mansion predilecta de una gran Reina. Allí hizo testamento, que hoy se lee con admiracion por las generaciones modernas; allí entregó su alma al Señor, la que un dia fué la más legítima representante de la España cristiana.

Entre las ruinas que se descubren y al lado de los templos, palacios y castillos que se vienen al suelo, aparecen de vez en cuando restos gloriosos de una raza de héroes y de guerreros. Hubo un tiempo en que aquella tierra era visitada por todo el comercio de Europa; las ferias y mercados que se celebraban no tenian rival en el mundo; los géneros, las mercancías y los frutos nacionales se codiciaban por unos y por otros, presentando aquellas inmensas llanuras el aspecto más sorprendente y conmovedor. Larga caravana de viajeros se veia por todos los pueblos; desde las más apartadas regiones, entónces conocidas, venian los compradores y los peregrinos. La poblacion de pocos habitantes hoy dia, era entónces el emporio de la riqueza, del comercio y de las artes industriales.

La ciudad á que nos referimos es Medina del Campo; la morada real el castillo de la Mota; el monarca doña Isabel la Católica.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA ha querido conservar el recuerdo por medio del grabado; los amantes de las glorias patrias visitan el alcázar y la fortificacion de guerra, trayendo á la memoria la augusta persona que allí tuvo su residencia; los indiferentes se lamentan de su estado actual. ¡Ah! si los ingleses poseyeran una joya de tal valía, si tuvieran en su país un objeto de arte que entraña el último período de la reconquista, ¿no emplearian la diligencia necesaria para conservarla? ¿No buscarian los planos, los modelos, la arquitectura de aquella época para honrar á una excelsa princesa, cuyo nombre irá unido al de Colon por los siglos de los siglos?

Fijémonos un momento en aquel célebre castillo, colocado sobre una eminencia, cuyas paredes, murallas y subterráneos revelan gusto artístico y excelente estilo arquitectónico.

Isabel la Católica escogió para la vida de familia el castillo de la Mota. Medina del Campo era la ciudad querida por excelencia.

Entre aquellos muros y torreones pasó los últimos dias de su vida, pensando siempre en España, en el triunfo de la religion y en los progresos del genio. Su muerte fué la de una santa; su peregrinacion por este mundo una serie no interrumpida de virtudes.

Para la patria consiguió la unidad nacional; para las glorias españolas el descubrimiento de un nuevo mundo; para la Iglesia la conquista de Granada. Desde Covadonga venia luchándose cuerpo á cuerpo por la fe,

ya estaban sembradas las semillas de la guerra. En Alemania todo eran peligros y alborotos, pues la victoria de Praga se habia movido contra los hugonotes de Francia. España sostenia guerras contra infieles y herejes en las provincias orientales y occidentales. Los polacos estaban en guerra con los tártaros, suecos y moscovitas. La Inglaterra sostenia otras fuera de su territorio, en Alemania, Dinamarca y Noruega. El imperio del turco estaba molestado por los cosacos, gente belicosa y valiente. En Roma habia muerto el pontífice Paulo V, y estaba electo por unanimidad el cardenal Alejandro Ludovissio, que tomó el nombre de Gregorio XV, y el que preconizó más tarde á los españoles Santa Teresa, San Francisco Javier, San Ignacio de Loyola y San Felipe Neri. Fernando II regia el imperio occidental, á los suecos el rey Gustavo, á la Dinamarca y Noruega Cristian IV, á la Inglaterra Jacobo II, muy aficionado á las letras y á la paz, *Ludi magister;* á la Francia Luis XIII, y en España, donde nunca se ponia el sol en sus dominios, acababa de morir Felipe III, de honrada memoria. Esta era la situacion de la Europa al comenzar su difícil y régia mision Felipe IV.

—Exacto.

—Mas veamos los consejos que el jóven monarca recibió para el buen régimen de la monarquía (1). Le decia un vasallo, á poco de sentarse en el trono, que la reputacion del gobierno se hallaba en tanta quiebra, que era objeto de las miradas de la gente de casa y de las naciones extranjeras. Siendo tan grande el peligro, consideraba casi imposible el remedio; «porque el continuado ocio provincial de España ha extinguido la razon de la buena educacion, entorpeciendo los hombres, por desacostumbrados al manejo de los casos grandes, de lo que ha resultado un gran olvido de la fineza y manera para tratarlos. Añade más todavía: «Para alcanzar los premios, son medios más ciertos la oscuridad y negociaciones cortesanas, que salir á merecellas con verdaderos servicios.»

—Criticar es fácil, corregir es difícil.

—Pues precisamente quien se dirige al soberano, propuso para remediar la malignidad y la insuficiencia: 1.º Que el Rey echase á todos los servidores del Estado, porque era público que engañaron á Felipe III, y así lo reconoció á la hora de la muerte, debiendo apartar de sí *y de los puestos públicos aquellas* personas que han tenido parte en el engaño, que eran muchas, hasta empleados de poco sueldo, *ó* sean oficiales menores de boca. 2.º La separacion del Inquisidor general. 3.º La declaracion de incompatibilidad que existia entre el cargo de Patriarca de las Indias, que desempeñaba el respetable D. Diego de Guzman, y el capellan mayor de palacio, que debia corresponder al Arzobispo de Santiago. Y 4.º La separacion del presidente del Consejo de Castilla, D. Fernando de Acevedo, porque todos los destinos de la nacion los tenian sus parientes y familia, valiéndose de los Duques de Uceda y de Lerma. «Los Duques y sus confidentes han puesto á esta monarquía en un estado que no parece reparable.»

—Amigo mio, el remedio era algun tanto fuerte.

—Eso prueba que el mal era irreparable. Pero vamos más adelante. Trascurridos algunos años del reinado de Felipe IV, publícase la *Gaceta de Madrid* (2), dando cuenta de los *principales sucesos interiores y exteriores*, y casi al mismo tiempo aparece en Turin un papel curioso sobre gobierno, impreso en español (3). En este último documento se habla sarcásticamente de la Real Hacienda, *manejada con limpieza*, y pide al Rey que ponga remedio á la desgraciada monarquía, «que parece ha menester *más purgas que sangrías.*»

—Parece propio de estos tiempos y no de aquellos, esos libelos que pregonan la deshonra de las personas y dan á los vientos de la publicidad las intimidades de los hombres públicos.

—Pues aguarde V. un *poquito más*, y tenga paciencia para que el oido se acostumbre á las malignidades de ahora, de ántes y de siempre. En 8 de Marzo de 1644 quebraron Gutierrez de Bustamante y su hijo (4), hombres poderosos y de crédito, llevándose consigo más de 400.000 ducados que constituian el ahorro de millares de familia. Para burlar la ley se escondieron, el padre en casa del Embajador de Alemania, el hijo en el de Venecia; y el derecho de gentes, reclamado con éxito, impidió su prision, quedando burlados tantos españoles que confiáran su propia fortuna á la fortuna ajena. En el mismo dia, y rara coincidencia, eran quemados por monederos falsos, un suizo, un escribano español y un estudiante, prévia la pena del tormento, sin que al suizo le valiera la cualidad de extranjero.

—Estaria al servicio de España.

—Tal vez.

—Pues me deja V. asombrado con la noticia de los monederos falsos, que creia, y se lo digo de buena fe, invencion moderna.

—Nada de eso. Es oficio muy predilecto de la gente desocupada española, ántes y ahora, ahora y ántes.

—*¡Ave-María Purísima!*

—La verdad, amigo mio. Y le llamaria más la atencion si le dijera que en el año 1632 algunos españoles injuriaron públicamente á la Vírgen desde una casa de la calle de las Infantas.

—Judíos habian de ser.

—Serian judíos, no lo dudo, porque las creencias religiosas exigen gran respeto por parte de todos, pero obsérvase que el espíritu anti-autoritario se manifestaba á la luz del dia, si bien sujetándose sus autores á penas severísimas.

—Y qué importa un hecho, dos, ciento, en frente de aquella hidalga caballerosidad, de aquel profundo acatamiento á la ley, de aquella nobleza española, admiracion de propios y extraños.

—No niego que entónces tuviesen los españoles buenas y malas cualidades; lo que sí mantengo es que hoy conservan las mismas con idénticas costumbres, aunque la forma las hace aparecer como nuevas á la vista y á la inteligencia. Mil veces se lamentan Vds. los tradicionalistas de que el Tesoro liberal pide prestado por el amor de Dios y que los banqueros se hacen los interesantes. Pues bien, Felipe IV pidió, en nombre de la Hacienda, á D. Manuel Pinto 100.000 ducados, ¿y sabe V. qué contestó este buen señor?

—¡Qué!

—Muy sencillo. Que al Rey *personalmente* se los prestaba, al Tesoro no (5). Y se comprende bien, el Monarca acababa de reunir Córtes en el Buen Retiro para decirles el aprieto del Reino (6), la falta de recursos que sentia la Nacion, pues habia gastado en guerras inexcusables desde 1632 más de 73 millones. Los capitalistas se mostraban temerosos de realizar operaciones con el Tesoro ante declaraciones tan desnudas y categóricas.

—Pues qué, ¿en tiempos constitucionales no existen mayores dificultades? ¿No se ve á los gobiernos bebiendo los vientos en busca de recursos para las atenciones mensuales del presupuesto? ¿No se gira y contragira, no se consume de presente las rentas venideras? Pues si esto es así, y yo lo reconozco de buen grado, porque el déficit lo hace necesario á pesar de haberse tragado Vds. 20.000 millones de la desamortizacion y *aunque más*, ¿por qué se empeñan en sacarme de mis casillas? Bueno es tener paciencia, pero no tanta que le acoquinen á uno.

—No ha sido mi ánimo molestar ni zaherir á V.; consigno hechos, y nada más. Discutimos de buena fe, sin faltarnos los unos á los otros. En prueba de los asertos anteriores diré á V. que tengo en mi poder una copia de lo que han valido las rentas reales desde el año 1621 que Felipe IV entró á gobernar hasta 1640 (7).

—Será curioso.

—Y tanto. Los ingresos ascienden á 237.158.000 ducados, sin contar los 1.370.000 que tenia el Rey de renta. Los gastos suben á 108.638.000 ducados.

—Magnífico. No presentarán otro documento parecido los partidos liberales. El hecho de recibir 237 millones el Tesoro y sólo gastar 108, ménos de la mitad, es una gloria que nadie ni por nada puede disputarse á la España antigua, á la España católica por excelencia, á la España literaria, artística, científica y *monumental*, á la España de los grandes hombres y de los grandes hechos.

—Espere V. un momento, amigo mio. No se entusiasme V. tanto. Al final de la cuenta se dice «procúrase saber en qué se han consumido la cantidad que falta de 128.520.000 ducados y la satisfaccion de 1.370.000 de renta del Rey y de las rentas de oficio que han corrido por diferentes juntas y ministros.»

—¿Y qué?

—Que se andaba averigüando en qué se consumieran tantas cantidades. Como no soy malicioso, presumo que seria porque la contabilidad estaba entónces en la infancia, y de ninguna manera por falta de honrados servidores del Estado. Pero vamos más allá. A pesar del sobrante que aparece en el papel, notábase de antiguo gran estrechez en los primeros años de Felipe IV. Una consulta elevada al Rey sobre los inconvenientes que habia en poner en ejecucion la cobranza de los seis millones para el desempeño de la Corona (8) dice entre otras cosas que «S. M. procura reparar universalmente todos los daños con que esta Monarquía entró en su Real poder doliéndose tanto de que no tenga la sustancia suficiente para poner en ejecucion sus heróicos designios..... Mayormente hallándose V. M. en tan tiernos años, y en aprieto, sin culpa suya, pues de las costumbres introducidas las pudo tener la relajacion de los tiempos, la estrechez y necesidad de estos reinos y algunos gastos superfluos y exorbitantes.» Vea V. cómo de todo habia en la casa del Señor. Dice ademas la consulta que «toda la moneda que circula en Castilla no llega á los 100 millones que pide el Rey para el desempeño de la Corona, teniendo que malvender las fincas.»

—De esas consultas podíamos sacar á carros de los ministerios constitucionales.

—Fíjese V. un momento. Felipe IV dirigió al Marqués de Montes Claros, su pariente y del Consejo de Estado, una Real cédula manifestándole el estado de penuria del Reino (9). Empieza así:

«El Rey:

»Marques pariente. Habiendo sido Dios servido de llamarme al gobierno de estos reinos, lo primero y que con mayor cuidado he procurado por todos caminos ha sido entender el estado que tenian en lo universal y particular para que lo que por la mudanza de los tiempos ó por otros accidentes estuviese en ménos buena disposicion, se reparase por ser ésta la primera y principal de mis obligaciones y más propia del entrañable amor que tengo á mis súbditos (cuya conservacion y beneficio tan afectuosamente deseo), y habiendo reconocido el aprieto de mi patrimonio, la despoblacion del Reino, la flaqueza del trato y comercio, y la dificultad que hay para su restauracion conservando las cosas en el estado presente. La falta de moneda, y mucha que se saca á los extraños, la poca sustancia de mis vasallos, las necesidades que padecen, así por las contribuciones que pagan y por el poco ajustamiento con que los Ministros inferiores de las provincias proceden en la administracion de justicia y excesivo número que hay de ellos, como por los muchos gastos que se han introducido siendo voluntarias, se han hecho tan precisos que inútilmente consumen la Hacienda, y *por otras muchas razones.* Y habiendo considerado que por proceder de diversas y complicadas causas era necesario tratar del remedio con grande deliberacion y tiento y á un mismo tiempo, porque de otra suerte los remedios no serán efectivos ni seguros, pues si no se ajustase todo con consideracion á cada parte, sería posible que lo que se aplicase por útil fuese dañoso ó de ningun fruto. He resuelto de formar una junta de los Presidentes y otros Ministros y personas de todos tribunales y profesiones y de la diputacion del Reino, porque con la inteligencia notoria que todos y cada uno tienen, así de lo universal que tratan en sus consejos y de los particulares de cada provincia, puedan tratar de la mejor disposicion del Reino en lo universal del remedio del aprieto que padece y del alivio de mis súbditos, que es lo que principalmente deseo y procuro por todos caminos.» Sigue deplorando la pobreza del Reino, la angustia del Tesoro, la cuantía de la contribucion, y concluye: «Madrid, á 1.º de Noviembre de 1622 años.—Yo EL REY.—Por mandado del Rey Nuestro Señor, Francisco de Contreras.»

—Pero esos males venian de atras, por tanta guerra y tanta desazon. Bastante se hizo atendiendo, dentro y fuera de España, al mayor brillo de la Monarquía.

¿Qué queria V. que hiciesen nuestros ascendientes?

—Yo no quiero nada. Deseára, sí, no nos hubiesen legado los vicios y los defectos de la humanidad. Ahí tiene V. el decreto que tanto encomia, mandando inventariar los bienes de los Ministros y altos funcionarios, que envuelve un *principio de desconfianza*, prueba de que la inmoralidad se habia apoderado de todas las clases sociales; ahí está la órden limitando á solos treinta dias la estancia en Madrid de los pretendientes á destinos, que supone una nube de personas queriendo vivir á costa del Tesoro público.

—Como ahora.

—Como ántes. Y para terminar la fiesta, Felipe IV nos aisla mercantilmente del mundo, mandando confiscar los frutos, mercaderías y artefactos que viniesen de los países enemigos; pragmática que áun hoy está produciendo sus naturales consecuencias.

—La guerra así lo exigia.

—La guerra exige muchas cosas que no se hacen porque se oponen al buen sentido. Hasta tal punto llegó Felipe IV, que inventó un arancel con millares de artículos prohibidos á la importacion, y dispuso utilizar

(1) Papel dado al rey Felipe IV, año de 1621.—«Sobre lo que se debe de hacer ántes de entablar estilo nuevo en el gobierno presente, y las causas de destruccion de esta monarquía. Dióse á S. M., habiendo seis dias que reinaba.»—Biblioteca Nacional, manuscritos, H-54, pág. 411.

(2) En 1638 y 1639.—Biblioteca Nacional, manuscritos, H-72, fólio 160, existen varios ejemplares.

(3) H-72.

(4) Manuscritos de la Biblioteca Nacional. — Papeles históricos y políticos.—H-135.

(5) Manuscritos, H-72.

(6) Gacetas de 1638 y 1639.

(7) H-54; pág. 50.

(8) H-55; pág. 223.

(9) R-60.

el oro y plata de las iglesias para gastos nacionales. Es decir, el arancel hizo imposible la marina mercante y aumentó progresivamente el contrabando; la venta de objetos eclesiásticos produjo poco, y en cambio soliviantó las conciencias.

— Más las soliviantaron ustedes en tiempo de Mendizábal, porque al fin y al cabo Felipe IV pedia dinero y alhajas para combatir á los enemigos de la fe, y ustedes los liberales se las toman, sin prévio permiso, para exterminar á los defensores del altar y del trono. Existe, pues, una inmensa diferencia entre aquel hecho y aquella época y la que nosotros alcanzamos.

— ¿Y cómo andaba el soldado en tiempo de Felipe IV? ¿No recuerda V. que andaba andrajoso, el pueblo padecia miseria y hambre, se perdian territorios y se gastaban en festines, juegos y espectáculos, aventuras y galanteos, no pocos recursos de la Hacienda nacional?

— Es que la calumnia y la maledicencia trató de cebarse en aquel monarca y en sus servidores: si el pueblo y el ejército sufrian estrecheces, es porque la nacion andaba en guerra extranjera, y dígase lo que se quiera, los frutos del entendimiento y los primores de la literatura florecieron por los siglos de los siglos en el reinado de Felipe IV.

— Vamos por partes.

— Irémos.

— Ante todo, bueno es recordar lo que decia al Monarca un Procurador de las ciudades de Andalucía (1): «Muchos lugares despoblados, templos caidos, casas humildas, heredades perdidas, tierras sin cultivar, habitantes mudándose de unos lugares á otros con sus mujeres é hijos, buscando el remedio, comiendo hiervas y raices del campo para sustentarse, otros emigrando á diferentes reinos y provincias, donde no se pagan los derechos de millones.»

— Y ya que de recuerdos se habla, bueno es traer á la memoria que el Conde-duque de Olivares empezó con acierto su administracion; las medidas adoptadas para repoblar el reino, impedir la vagancia, detener á los emigrantes, disminuir los gastos de palacio.....

— Y para atajar los males de la amortizacion.

— Convenido; pues bien, todas esas medidas, así como las de moralizar á los servidores del Estado, hubieran producido excelentes efectos, si el país estuviera tranquilo.

— No lo dudo, pero eso de moralizar á los altos servidores del Estado comprendia exclusivamente al Conde-Duque, porque todos eran parientes suyos. En 22 años que gobernó el reino, hizo su propio bien, y no dejó de buscar narcóticos poderosos para adormecer al Monarca, que gustaba de la adulacion de los vasallos.

— ¡Ah! Ya me contentaria yo con que los liberales fuesen tan modestos como el augusto Príncipe.

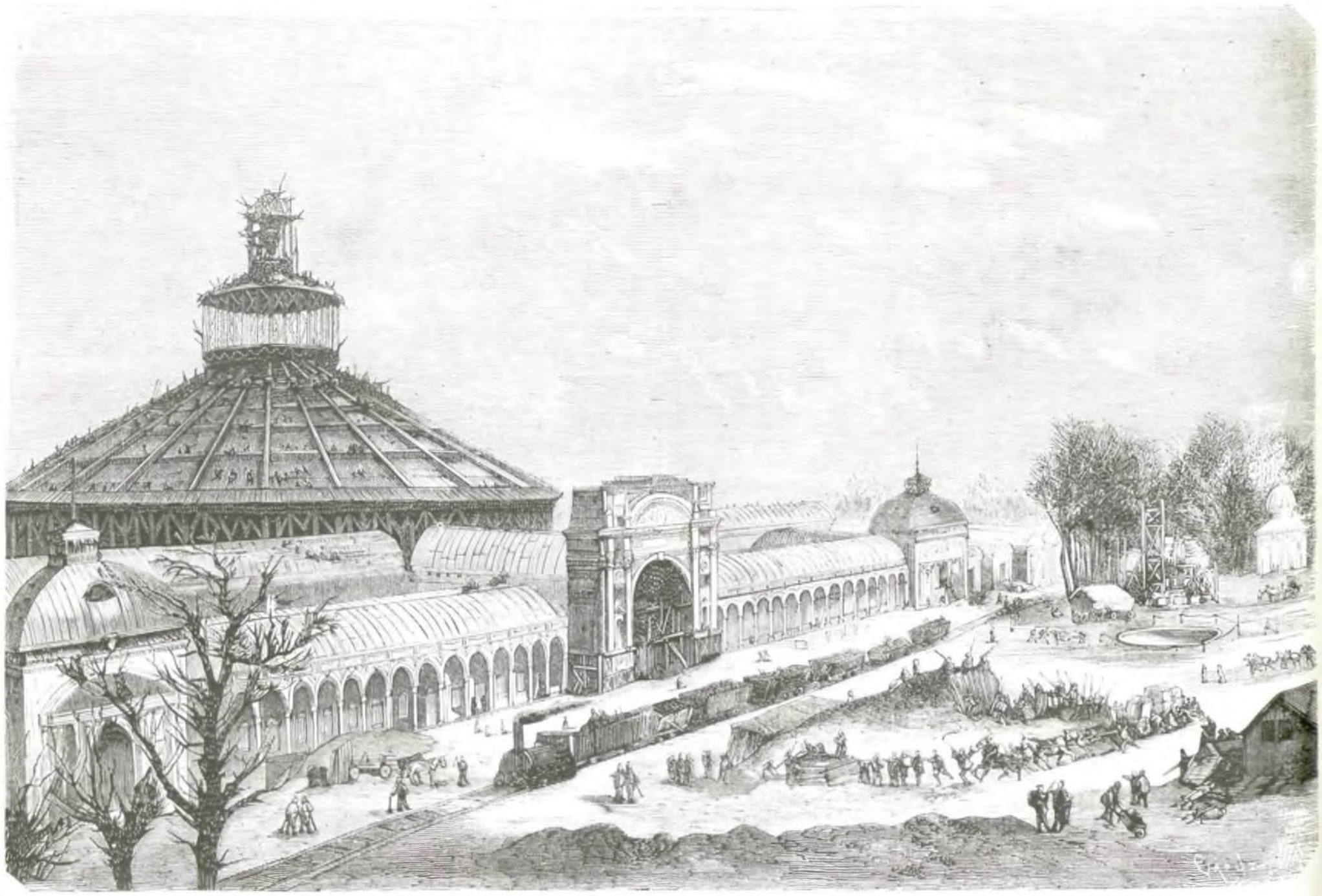
— ¿Y las mercedes del Conde-Duque? Todos los destinos estaban reunidos en su persona y en la de su mujer; como que producian honradamente 452.000 ducados. Así se puede ser Ministro y Jefe de una Administracion política.

— Pero ésos son detalles insignificantes, que en nada alteran la bondad de un Gobierno. Que le diga á usted este amigo, grandemente aficionado á las letras patrias, lo que ha sido aquel reinado para la España literaria.

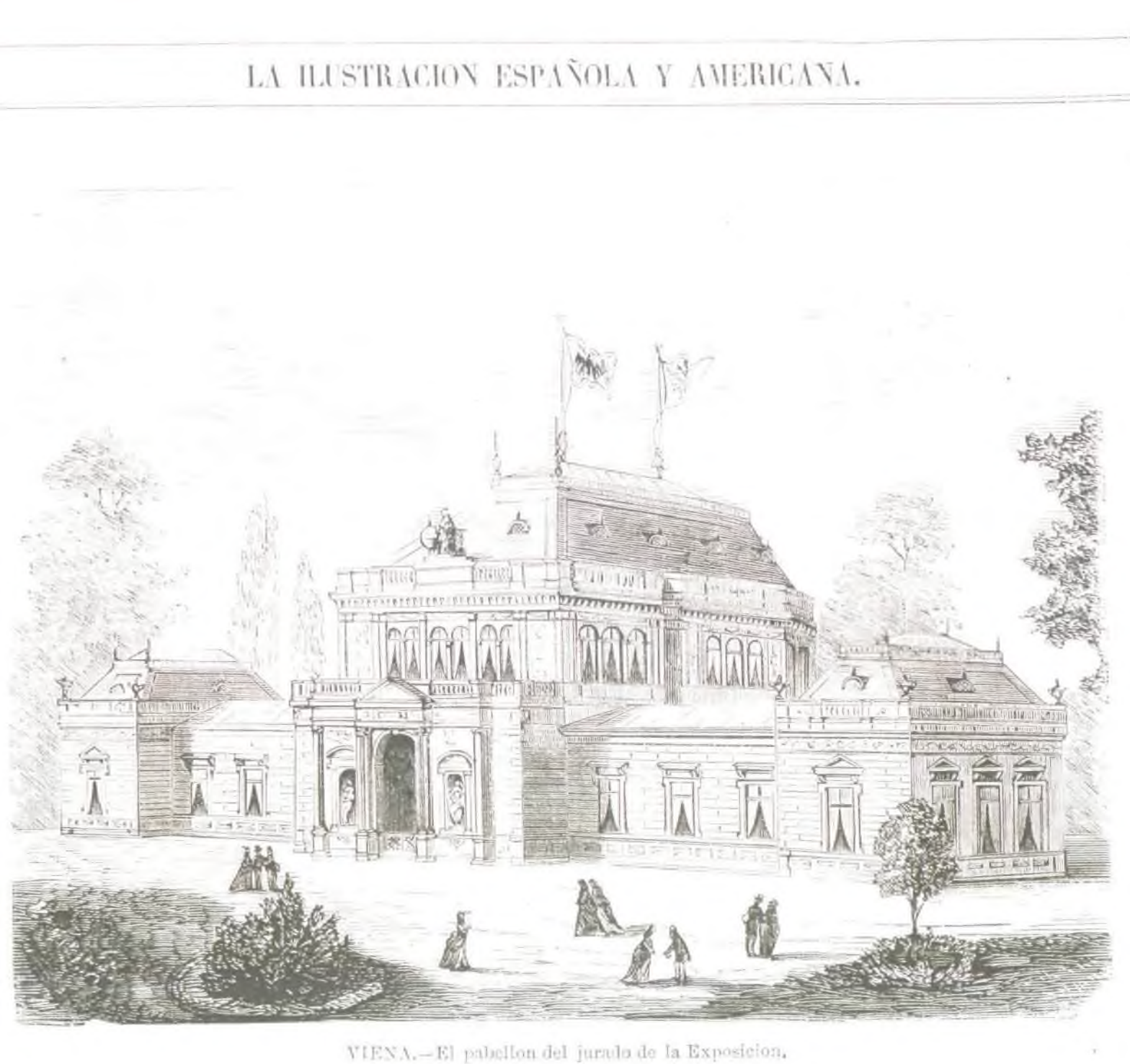
— Sí señor, lo oirémos con mucho gusto; pero quiero dejar consagrado que entónces se vendieron destinos públicos y hasta vasallos, que pasaban de la jurisdiccion y dominio del Rey al de los particulares. La miseria del reino era extraordina-

El Baron de Schwarz-Senborn, director general de la Exposicion de Viena.

(1) D. Mateo Liscon y Viezma.—En las Cortes de Madrid de 1621.



VIENA.—Llegada del primer tren con productos destinados á la Exposicion.

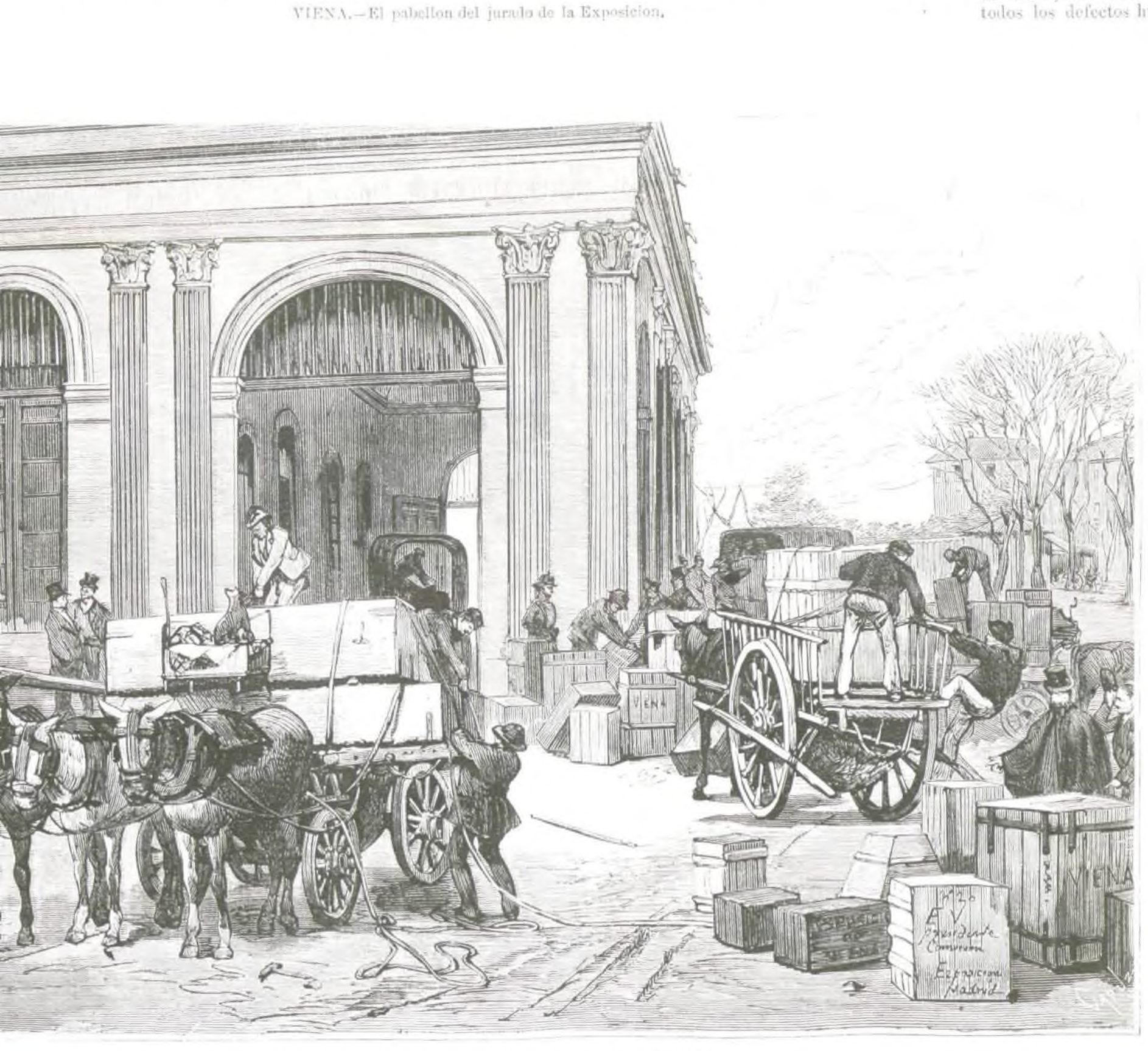


VIENA.—El pabellon del jurado de la Exposicion.

ria, las diversiones de la Córte espléndidas y suntuosas, los tributos raros y curiosos, las desgracias de la patria inmensas, y por estancarlo todo, se estancó el papel, la cera, el chocolate, el aguardiente y los licores. Se rebajó la tercera parte del sueldo á los empleados, sin que se rebajase el lujo de las cacerías, la magia de las comedias y el número de galanteos; se dejaba al pobre militar que anduviese con el pié desnudo, miéntras en el Retiro se gastaban sumas inmensas en góndolas, barcas y tramoyas. Se apoderaba el Estado de la flota que llegó en 1639, y correspondia á particulares, miéntras los juegos y banquetes, saraos y festines, comedias y espectáculos, cubrian la vista de quien debia ver más que los vasallos.

—¿Y qué quiere usted decir con eso?

—Quiero decir que las instituciones absolutistas, por el hecho de serlo, adolecen de todos los defectos hu-



MADRID.—Salida de efectos destinados á la Exposicion de Viena.

manos, aunque pretenda dárseles un órigen divino, que no tienen ni pueden tener. La gobernacion de los pueblos corresponde á la bondad de los hombres y de las ideas. Los hombres son buenos y malos en todos los partidos, pero en cambio las ideas expuestas al choque de la discusion son ménos peligrosas al Estado que las aceptadas, recogidas y mandadas ejecutar por un solo hombre y una sola voluntad.

MODESTO FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(*Se continuará.*)

LO INFINITO.

I.

¡Soñé anoche que habia muerto!
¿Quién dormido no lo está?
Libre el alma de prisiones
Se lanzó á la inmensidad.
¡La inmensidad! ¿Qué es lo inmenso?
Lo que no acaba jamas,
Lo que límites no tiene
Y se extiende sin cesar;
Lo que es abismo sin fondo,
O abismo que al cielo va:
Lo que establece una suma
Que no se puede sumar,
Pues incógnita escondida
Más allá de lo ideal,
En abstraccion poderosa
Por solucion llega á dar
Una cantidad sin nombre
Que no tiene cantidad.
Vagó por lo inmenso el alma
Como el águila caudal:
Traspasó nubes y nubes
Cargadas de oscuridad;
Cruzó vastas soledades,
Tristes, densas, sin igual;
Y al fin, rompiendo el silencio
Que pueblá la eternidad,
Preguntaba á cada paso:
¿Dónde está Dios?.. ¿Dónde está?
Y un eco sordo, ondulante
Como las olas del mar,
En lúgubre són la dijo:
¡Sube!... ¡Sube!... ¡Más allá!—

II.

Y subió el alma más alto,
Subió rápida y fugaz,
Con más presteza que el aire,
¡Más que la luz! ¡mucho más!
Miró á la tierra; y la tierra
Bajaba rodando al par,
Perdiéndose en un abismo
De insondable densidad.
Bajaba... y bajaba siempre
Por una llanura erial,
Muda, silenciosa, opaca,
Como cuando el sol se va
Y desciende poco á poco
Á su tumba de cristal.
Bajó muy hondo... y perdióse;
Dejó el alma de mirar,
Y siguió rasgando nieblas
Y subiendo con afan,
¿Qué miraba? ¿qué veia?
Nada: delante y detras,
El silencio, el cáos, la sombra,
Lo vago, lo inmaterial.
¡Qué noche!... ¡qué densa noche!
¡Qué silencio más tenaz!...
¡Qué espacios más imponentes!
¡Qué imponente soledad!
Temblaba el alma de miedo;
Volaba sin respirar;
Pero subiendo y subiendo
Siempre más... cada vez más,
Murmuraba tristemente:
—*¿Dónde está Dios? ¿Dónde está?*
Y un eco sordo, ondulante
Como las olas del mar,
En lento són repetia:
¡Sube!... ¡Sube!... ¡Más allá!

III.

—«¡Yo creia (murmuraba
El alma en ruda ansiedad),
»Que era el cielo de la tierra
»La ancha puerta de cristal
»De esa gloria que nos brinda
»La terrena humanidad!...»
»Pero ¡no es cierto!.... ¡La gloria
»No se vé!—¿Dónde estará?—
»¿Cuánto he subido?.... lo ignoro;
»¡Y aún tengo que subir más!....
»¡Ay!.... el reino de las sombras
»¿En dónde terminará?»—
Y el alma se remontaba
Por la escala sideral,
Hollando sombras y sombras
Que no acababan jamas.
De pronto, una luz confusa
Vió á lo léjos clarear:
Subió más: y á más altura
Se ensanchó la claridad:
Vió un cielo lleno de estrellas,
Y vió la luna cruzar
Por una extensa llanura
De solemne majestad.
¡Qué resplandor!.... ¡Qué grandeza!
¡Qué mundo más colosal!—
Suspiró el alma de gozo,
Ansiosa de descansar,
Y preguntó alegremente:
¿Dónde está Dios?—¿Dónde está?
Y un eco sordo, ondulante,
Como las olas del mar
En són doliente la dijo:
¡Sube!.... ¡Sube!.... ¡Más allá!

IV.

Y pasó el alma á otros cielos,
Y vió á su paso girar
Mil mundos en torno suyo,
Mezclas de luz y de gas;
Mundos informes, perdidos
En la vasta inmensidad
De esos cielos, que á otros cielos
Les sirven de pedestal.
Y fué subiendo más alto;
¡Mas alto! pasó el volcan
Del sol, centro planetario
Cuya atraccion singular
Arrebata en su carrera
Deslumbradora y triunfal
Á otros mil astros gigantes,
Que girando sin cesar,
Navegan por el espacio,
Sin saber adónde van.
—¿Quién los suspende en los aires?—
¿Que ley suprema y fatal
Por los ámbitos del cielo
Los hace siempre rodar?—
¿Quien sabe?.... El alma absorbida,
Extática, al contemplar
Mundos y mundos y mundos
Moviéndose aquí y allá,
Sin rozarse en sus esferas,
Sin tropezarse jamas,
Iba en su ascension diciendo
Con vehementísimo afan:
—Pero Dios, *¿dónde se encuentra?*
¿Dónde está Dios?—¿Dónde está?
Y el eco sordo ondulante
Como las olas del mar,
De mundo en mundo, decia:
¡Sube!.... ¡Sube!.... ¡Más allá!

V.

Y el alma subiendo absorta,
Absorta cada vez más,
Iba pensando y diciendo:
—«¿Esos mundos qué serán?—
¿Serán mundos habitados?
¿Quién en ellos vivirá?—
¿Serán ángeles exentos
De la envoltura carnal?—
¿Vivirán como vivimos?
¿Cual nosotros morirán?
¿Irán de un mundo á otro mundo
En progresion celestial
Teniendo goces más puros
Y mayor felicidad?
¿Sabrán que existe la tierra?
¿Habrán venido de allá?
¿Qué es la tierra á estas alturas?
Arista leve y fugaz
Que va por el hondo abismo
Como por los aires va
Un globo despedazado
Á impulsos del huracan.
¡Y necio el hombre presume
Que el Creador universal
Forjó esos mundos sin vida
Para dejarlos vagar
Sin objeto, en estos campos
De eterna elasticidad!
¡Necios! ¡piensan que esos astros
Son lámparas nada más;
Lámparas fijas y eternas,
Destinadas á alumbrar
La lobreguez de las noches
Exentas de claridad!
¡Loca vanidad del hombre!—
¡Soberbia descomunal!—
—¡Oh, Dios mio! ¡Tú eres grande!
Me asombra tu majestad;
Tú existes; yo no te veo;
Mas ¿qué importa? *¿Dónde estás?*
Y un eco sordo, ondulante
Como las olas del mar,
Tronó en los aires diciendo:
¡Sube!.... ¡Sube!.... ¡Más allá!

VI.

Y subió más alto el alma
Sin descanso ni solaz;
Surcó piélagos de mundos
Formados y por formar;
Holló campos de cometas,
Trozos de soles que van
Rasgando el éther violentos
De los aires á compas,
Como caminan las nubes
Al són de la tempestad.
Y subió más todavía,
Y halló el vivo manantial
De la luz; fuente ignorada
Que no se agota jamas:
De esa luz que baja y baja
Sin acabar de bajar,
Que es lumbre de toda lumbre,
Claridad de claridad;
Luz ignorada y eterna
Que sube y sube á la par,
Siempre más alto, más alto,
En deslumbrante espiral:
Espiral que se dilata
Con viva celeridad
Por otros cielos excelsos
Y otros más altos y más!—
Y gritó el alma, abrumada
De magnificencia tal:
—«¡Señor! ¡Y aun hay quien te niegue,
De tu grandeza á pesar!
Y hay quien dice que tus obras
Son pura casualidad!
¡Casualidad!—¿Qué edificio
Puede el *acaso* inventar
Que se parezca á esos cielos
Que encubren tu majestad?
¿Donde tiene sus cimientos
Tu creacion universal,
Tanto cielo y cielo tanto,
Tanto y tanto luminar,
Tanto mundo y tanta esfera,
Sin principio ni final?—
¡Ah, Señor! ¡yo te presiento!
¡Te presiento! *¿Dónde estás?*»
¡Y un eco sordo, ondulante
Como las olas del mar,
Tronó en los aires diciendo:
¡Sube!.... ¡Sube!.... ¡Más allá!

VII.

Y al cabo, el alma cansada
De subir más, ¡siempre más!
Gritó en la altura: «¡Dios mio!
»Me canso de navegar!
»¿Por qué camino pudiera
»Llegar á tí? *¿Dónde estás?*»—
Y un eco sordo, ondulante
Como las olas del mar,
Dijo:—«Esfuérzate, alma débil;
¡Sube y sube! ¡Siempre más!»
No temas; que á mí se llega
Con suma facilidad,
Por el *amor*, que es la vida,
Por la *fe*, que ahuyenta el mal,
Por el *dolor*, que depura,
Y en fin, por la *caridad*.

A. HURTADO.

LA NOVELA DE UN JÓVEN RICO.

(CONTINUACION.)

Pero no; el sacerdote, en su corta improvisacion, no dijo otra cosa sino que él era tambien del partido, y que se alegraba mucho de serlo, y que lo seria siempre.

Las once y media serian cuando se acabó la fiesta, y salieron de Fornos Joaquin y D. Facundo, costándoles gran trabajo abrirse paso por entre la multitud que se apiñaba á las puertas y delante de las ventanas del establecimiento, ganosa de conocer á los grandes hombres que celebraban un acto político tan trascendental. Una banda militar tocaba un himno patriótico, saboreado con delicia por el público reunido delante de la fonda, que así participaba en cierto modo de la fiesta, sin exponerse, como los de dentro, á una indigestion, pero con riesgo de coger una pulmonía, que la noche estaba por extremo fria y húmeda.

—¿Qué le ha parecido á V. la fiesta? preguntó don Facundo á Joaquin?

—Bien; es buena cocina la de Fornos.

—Hablo de la fiesta política.

—Mire V., D. Facundo, yo no creo que se pueda juzgar de la política por lo que hemos oido en esa fonda.

—Al contrario, si señor: se puede juzgar perfectísimamente. La política que se usa es la del más refinado egoismo, la de la más violenta soberbia.

—Eso se desprende de lo que hemos oido; pero eso no es política.

—No es política, en la acepcion verdadera de la palabra; pero es la política que se hace. Vanidad, sober-

bia, egoismo é ignorancia; hé aquí los vicios de lo que se llama política en España.

—¡Ah! exclamó Joaquin; el santo Viático sale de esta iglesia.

Y se descubrió; lo mismo hizo D. Facundo.

Y ambos siguieron al sacerdote. Un hombre que llevaba tres hachas de cera se acercó á los dos amigos, y les preguntó si querian alumbrar al Santo Viático. Uno y otro tomaron las hachas, las encendieron en otra, y subieron por la puerta de Alcalá, hasta una de las calles nuevas del barrio de Salamanca.

El enfermo, á quien Dios se dignaba visitar, vivia en un cuarto piso interior. Don Facundo y Joaquin subieron, y entraron detras del sacerdote.

Hallábase en una alcobita estrecha, y estaba sentado en la cama; era un anciano. Una señora le sostenia la cabeza.

Joaquin y D. Facundo se quedaron á la puerta, y se arrodillaron.

El sacerdote dió la comunion al enfermo, y despues la señora, que sostenia la cabeza de éste, le acercó á los labios un vaso con agua.

Joaquin vió en aquel momento brillar en la mano de la enfermera el rubí de la dama del *tranvía*, el mismo que habia visto en la mano peregrina de la encubierta que pedia para los pobres en la parroquia de San Sebastian.

Pero cuando quiso ver la fisonomía de aquella dama, ya no pudo, porque estaba arrodillada, orando, colocada de modo que el jóven no podia satisfacer su deseo. El sacerdote salió, y Joaquin hubo de seguirle con don Facundo; pero al salir, tomó bien las señas de la casa.

IX.

De buena gana, al volver de la iglesia, hubiera subido otra vez Joaquin á la casa del enfermo, pero teniendo en cuenta prudentes consideraciones, aplazó para el siguiente dia sus propósitos. Queria descubrir quién era la incógnita dama, queria conocer á la que ya se figuraba conjunto singular de todas las perfecciones.

A las nueve de la mañana subia Joaquin la escalera que conducia á la pobre habitacion del enfermo y llamaba suavemente á la puerta.

—¿Quién es? preguntó una mujer.

—Servidor de V., contestó Joaquin.

Y se abrió la puerta.

—¿Cómo está el enfermo? añadió el jóven.

—Pase V., pase V., caballero, —repuso la mujer, que en verdad tenía una fisonomía simpática de buenísima persona. El pobrecito, continuó, ¿cómo quiere V. que esté?..... Está mejorcito desde anoche que recibió á su Divina Majestad.

—Sí, yo tuve la honra de venir alumbrando.....

—¡Ah! ya decia yo que su cara de V. no me era desconocida. Pues, como digo, ha pasado la noche más tranquilito, y ahora está durmiendo tan sosegadito que nadie diria, al verle, que se halla tan malito el pobre. Siéntese V., señorito; V. habrá conocido á don Francisco cuando él era un caballero, mejorando lo presente, y todos le hacian el *rendidó*..... Así es el mundo, ahora nadie parece por estas puertas como no sea la señorita.....

—¿La señorita viene?..... preguntó Joaquin en un tono que hiciera comprender á la buena mujer que ya conocia él á la señorita.—Esta señorita, pensaba el andaluz, no puede ser otra que mi desconocida.

—Sí, señor, todos los dias viene, y anoche se estuvo aquí hasta las tantas, hasta que D. Francisco se quedó traspuesto. Si no fuera por ella hubiéramos tenido que llevarle al hospital. ¡Jesus! hubiera sido una vergüenza que un hombre que ha escrito tantos libros y que ha sido diputado y gobernador y secretario de la reina, y un hombre de bien á carta cabal hubiese ido á terminar sus dias en el hospital. ¡Qué mundo éste, señor!..... A todos los que hoy están en candelero les ha hecho favores D. Francisco, y ahora ninguno se acuerda de él.

—¿Y cómo ha venido á esta desgraciada situacion?.....

—Mire V., cosas del mundo. Yo no estoy bien enterada, porque yo soy, para servir á V., viuda, y vivo en el cuarto de al lado con mi pobreza, y fuí por eso la primera que supe la enfermedad de D. Francisco, y pasé en seguida para cuidarle, porque el pobre no tenia á nadie hasta que vino la señorita..... porque él la avisó..... pero, segun he oido decir, D. Francisco tenia alguna cosita de los ahorros que habia hecho, y para no tener el dinero en casa, que sabe V. que hay tantos ladrones en Madrid, fué, cogió y ¿qué hizo?..... Se lo dió á un amigo, ¡vaya un amigo! que tenía no sé qué sociedad ó trapisonda, y á todo el que le llevaba dinero le ofrecia darle qué se yo cuánto por ciento, una barbaridad.....

—Entiendo, la sociedad quebraria y D. Francisco se quedó sin su dinero.

—Sí señor, eso ocurrió, pero no crea V. que el amigo de D. Francisco haya quedado como él y otros pobres, porque por ahí anda en coche, y ahora no sé qué gran destino tiene..... y dos veces que D. Francisco ha ido á verle, no le recibió, y le mandó recado de que si tenia algo que pretender lo hiciera por escrito. ¡Picardía como ella!..... ¡Ay! Jesus, el mundo está como no ha estado nunca..... Si á mi marido, que esté en gloria, le hubiera sucedido un paso semejante, habria sacado su dinero ó hubiese ardido Madrid, pero don Francisco se apoció, y congoja va y congoja viene, ahí le tiene V. que entregará el alma al Criador hoy ó mañana, que ya el médico le ha echado el fallo.

—¡Qué dolor!..... Va V. á hacerme un favor.....

—Lo que V. quiera. En siendo cosa que yo pueda.....

—Va V. á recibir estos quince duros para el enfermo.

—Señorito, si él no necesita nada, si la señorita corre con todo el gasto.

—No importa, yo tambien quiero contribuir.....

—Sin permiso de la señorita no me atrevo á tomar nada.

—¿Y si yo le doy á V. cuatro letras para la señorita?.....

—Eso es otra cosa.

—Pues hágame V. el favor de un papel y de una pluma.

—Aquí tiene V. encima de esta mesa. Miéntras V. escribe, voy á ver si duerme aún D. Francisco. Pronto dormirá para siempre el infeliz.

Joaquin escribió lo siguiente:

«La mayor ventura para mí seria saber quién es la modesta y caritativa dama que pedia para los pobres en la parroquia de San Sebastian y que anoche encontré al lado del lecho del anciano moribundo. Quiero saber quién es para saber á quién admiro y respeto profundamente. He podido saberlo, preguntando á la buena mujer á quien entrego esta carta, pero no quiero dar lugar á que se me juzgue indiscreto. Si *ella* me quiere decir quién es, la bendeciré por el bien que me hará colmando mis deseos; si no me lo quiere decir, respetaré su voluntad, y seguiré deseando saberlo. Permítame la bienhechora del moribundo que yo tambien contribuya con algo al socorro de ese anciano que anoche recibió la consoladora visita de Dios.»

Firmó luégo y cerró la carta, con las tres monedas, en un sobre que llevaba en la cartera. La mujer salió de la alcobita del enfermo.

—Todavía duerme tranquilamente, dijo: mucho temo que sea ésta la mejoría de la muerte.

—Tome V., señora; ésta es la carta que deseo que entregue V. á la señorita. En ella están los quince duros.

—Está muy bien.

—¿Hoy vendrá?.....

—Es probable, porque ella no abandona á su enfermo. Como que el padre de la señorita era el mejor amigo de D. Francisco, y le debia la vida, que le salvó en una ocasion en la guerra.

—Sí; ya lo sé, observó Joaquin para acabar de inspirar confianza á la buena mujer á quien pensaba que podria deber al fin el logro de su ardiente deseo de conocer á la incógnita.

—¿Y qué más quiere V. que le diga á la señorita?

—Nada más que entregarle esa carta.

—¡Jesus! me va V. á perdonar, pero yo no sé por qué se me figuró ántes una cosa que..... vamos..... Dios me perdone..... y despues de todo no tendria nada de particular, porque la señorita es un ángel, y tan hermosa..... pero fué un mal pensamiento mio, porque ¿cómo V. habia de venir á verla aquí?.....

Joaquin se sonrió, y se despidió de la mujer.

Ocurriósele esperar abajo que llegára la incógnita enfermera, pero, pensándolo, desistió de este propósito. Acaso á ella le disgustaria que la esperase para sorprenderla y conocerla, y Joaquin tenia grandísimo interes en aparecer á los ojos de aquella mujer tan discreto y prudente como respetuoso y sumiso.

Su amor era ideal como ninguno; amaba con veneracion á aquella que no sabia si era jóven ó vieja; si era soltera ó casada, bella ó fea.

Él se la figuraba, sin embargo, jóven y hermosa.

La que cuidaba del enfermo la habia nombrado *señorita*; debia, pues, ser tambien soltera.

Joaquin conservaba en su memoria el contenido de la carta que acababa de dejar en casa del moribundo, y lo repetia para convencerse de que no habia ni una sola frase indiscreta. La *señorita* no podia en ningun modo enojarse.

Por la tarde pensó si subiria otra vez á enterarse del estado del enfermo, pero no lo hizo. ¿Qué diria si encontraba allí á la dama de sus pensamientos? ¿No sería una gran irreverencia tomar como pretexto al pobre moribundo para ir á satisfacer una amorosa curiosidad? Grande era la que sentia, pero su hidalguía repugnaba todo aquello que pudiera ser interpretado desfavorablemente á sus buenos y honrados sentimientos.

Pasó el dia, y el siguiente se atrevió á entrar en la casa con objeto de preguntar al portero por el enfermo.

El portero no estaba allí, y dudaba el jóven qué haria, cuando vió que por la escalera bajaban cuatro hombres con un ataud.

Ya no tenia que preguntar por el enfermo.

Joaquin retrocedió con terror. Era la tercera vez que tropezaba con la muerte. Pero la mala impresion que le produjo el triste espectáculo no le hizo olvidar su costumbre de descubrirse respetuosamente ante el cadáver del prójimo. Hízolo así y dejó pasar á los sepultureros.

Detras de éstos bajaba el portero murmurando:

—Ya acabó de padecer, Dios le tenga en la gloria. Verdaderamente, pasando lo que se pasa en el mundo, no sé por qué se tiene lástima al que se muere. Ya arregló D. Francisco sus cuentas con todo el mundo, ya no estará en un ¡ay! como estaba aquí.....

—¿Cuándo ha muerto? preguntó Joaquin, interrumpiendo el monólogo filosófico del portero.

—Ayer tarde; se quedó como un pajarito. ¡Como que doña Petra creia que estaba durmiendo! El pobre, como ha tenido una vida tan amarga, quiso Dios darle una dulce muerte.

—¿Doña Petra es la vecina que le cuidaba?.....

—Sí, señor; una buena mujer, que ayer, en cuanto murió D. Francisco, fué, cogió, salió, trajo dos mozos, se llevó sus trastos y me dió las llaves del cuartito de al lado, que era el suyo. Como vivia sola, se conoce que tendria miedo á que se le apareciese el difunto.

—¿Entónces ya no vive aquí? preguntó Joaquin alarmado.

—No, señor.

—¡Qué desgracia!

—¿Cuál?.... ¿La muerte de D. Francisco?.... No señor; un hombre á sus años y en su triste situacion, ¿qué habia de hacer ya en el mundo? Dios le ha hecho un favor, y ahora estará tan ricamente en el otro, diciendo para sí: —Me alegro de haberme muerto. No me podia haber sucedido cosa mejor.

—Y doña Petra ¿no le ha dicho á V. adónde iba?....

—¡Cá! no señor; salió con una señorita que solia venir á ver á D. Francisco.....

—¿Una señorita?

—Digo, á mí me lo ha parecido; muy bien vestida, con su cola y todo cuento.

—¿Bella?

—Guapa querrá V. decir, ¿eh?....

—Sí, no.

—Mire V., lo que es eso no se lo puedo decir á usted, porque traia su velo muy echado, y luégo, que yo no tengo ya muy buena vista, que desde que tuve aquellas calenturas se me ha acortado mucho, y yo, Dios me perdone, le echo la culpa al médico que equivocó las medicinas....., como digo, si he de hablar con verdad, lo que es la cara no se la he visto. Pero eso sí, ella es alta, buena presencia, anda con mucho aire de señora....., pero á mí ¿que me importa todo eso?....

—Es verdad, á V. no, pero á mí sí.

—¿A V. sí?.... Pues ya sabe V. todo lo que yo sé. Y ahora voy á poner la tablilla de cómo se alquilan dos sotabancos y el portero dará razon. Ya me ha caido que hacer con subir y bajar las escaleras para enseñar los cuartos, porque, en cuanto se pone la tablilla, empiezan á venir cesantes, como ahora hay tantos, y una nube de viudas que le digo á V. que se divierte uno. Y con todos los que vienen tengo que subir, porque si no, ya me ha sucedido que me han roto cristales y alguno se ha llevado la hornilla y otros han arrancado los pestillos de las puertas, y el portero es quien paga. Y como todo va sobre uno, tiene uno que estar prevenido para no pagar uno luégo el pato.

Joaquin no le oia ya, porque, sabiendo que ya no estaba allí la que cuidaba al enfermo, nada tenia que hacer en aquel portal ni le importaba lo que le referia el portero.

Este miró y vió que ya no estaba allí el señorito, y cogiendo una silla, se dirigió á la puerta, y subiéndose en ella, colgó en un clavo la tablilla diciendo:

—Pues señor, ¿quién es ese señorito y qué tendrá que ver con doña Petra?

Por la tarde Joaquin recibia por el correo interior una carta de la señorita. Decia así..... pero como no es corta, habrémos de colocarla en capítulo aparte.

CÁRLOS FRONTAURA.

(*Se continuará.*)

J. HERMANN-LACHAPELLE, CONSTRUCTOR-MECÁNICO.

144, CALLE DEL FAUBOURG POISSONNIERE, PARIS.

Diploma de honor, medalla de oro, y gran medalla de oro en las Exposiciones de Lyon y Moscou, en 1872.

MÁQUINAS DE VAPOR VERTICALES,

montadas únicamente sobre un zócalo aislado

Portátiles, semifijas ó locomovibles. | Con ó sin tren de ruedas — timbradas en 6 kilog. 500.

El Ministerio de Agricultura, Comercio y Trabajos públicos de Francia, así como la Comision de ingenieros, han aceptado estas máquinas como muy superiores, que han sido muy honradas en todas las exposiciones, despues de quedar probado que ellas reunen, por su construccion especial y por la excelencia de los materiales de que se componen, todos los adelantos á que es posible llegar en el estado actual de la ciencia y de la industria.

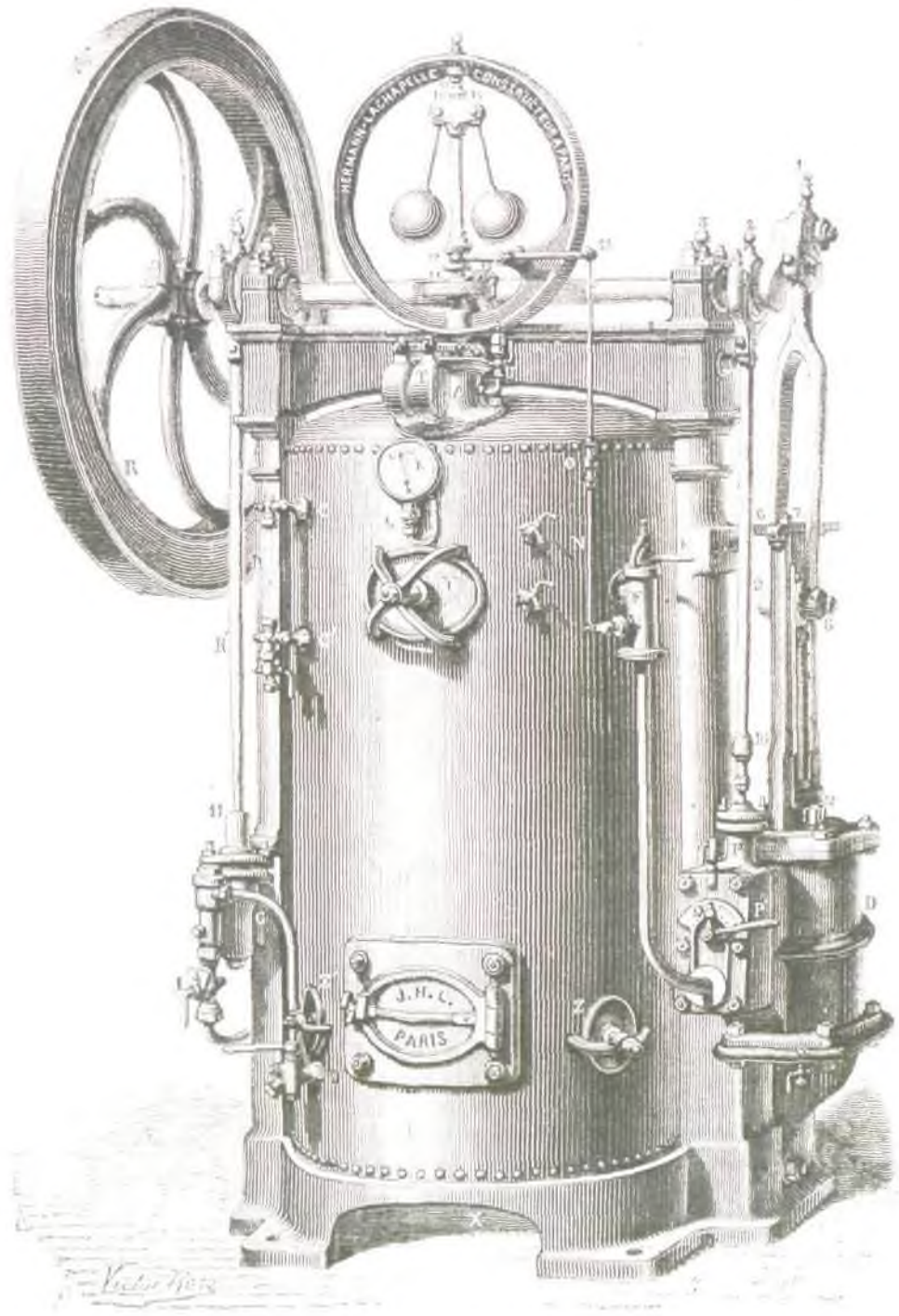
Las VENTAJAS DE LAS MÁQUINAS DE VAPOR VERTICALES, admitidas en los TALLERES DE MARINA Y OTROS TRABAJOS PÚBLICOS, por su SUPERIORIDAD y por su módico precio relativamente, se resumen así:

AISLAMIENTO COMPLETO DE LA CALDERA, CILINDRO DE CUBIERTA Y CIRCULACION DEL VAPOR, MUY PEQUEÑA VELOCIDAD.—CALEFACCION DEL AGUA DE ALIMENTACION POR EL VAPOR SOBRANTE.—FOGON DISPUESTO PARA RECIBIR TODA CLASE DE COMBUSTIBLES, QUEMAR LOS GASES PRODUCIDOS POR LA COMBUSTION Y UTILIZAR TODAS LAS FUERZAS DEL CALÓRICO.

Ningun gasto extraordinario para su instalacion.

Basta un espacio de ménos de un metro para colocar una máquina de un caballo, y de 1 metro 50 centímetros para una máquina de cuatro caballos.—Son colocadas perfectamente, sin más cimientos ni construccion, sobre una piedra ó zócalo de asiento.

No tienen conductor especial: el acto de calentar estas máquinas, y su uso y conservacion, se verifica casi instantánea y muy fácilmente por la persona más indocta, hasta el punto de estar ajustadas con exactitud á los términos del decreto imperial de 25 de Enero de 1865, *pudiendo ser establecidas en un taller cualquiera, aun cuando éste forme parte de una casa habitada.*



MÁQUINA DE VAPOR VERTICAL,
construida por J. Hermann-Lachapelle, 144, faubourg Poissonnière.

Las máquinas de vapor verticales son superiores en un 30 por 100 á todas las de los otros sistemas, resultando esta apreciacion del juicio emitido por los peritos en los concursos en que han sido presentadas.—Merced á su servicio mecánico más completo y *á la organizacion particular* de sus talleres, la actividad de la CASA HERMANN-LACHAPELLE está representada *en la entrega de una máquina por dia*, Á PRECIO MUCHO MÁS BARATO que en cualquiera otra fábrica.

Estos MOTORES, ECONÓMICOS, SEGUROS Y CÓMODOS, garantizan un trabajo rápido, regular y productivo á todas las industrias manufactureras, y son muchas ya las que los poseen.

IMPRENTAS.—TALLERES MECÁNICOS.—FÁBRICAS DE PAPEL.—TALLERES DE CONSTRUCCION.—FÁBRICAS DE AZÚCAR.—CONFITERÍAS.—CERVECERÍAS.—FÁBRICAS DE BEBIDAS GASEOSAS.—FÁBRICAS DE PASTAS ALIMENTICIAS.—EXPLOTACION DE MINAS.—FUNDICIONES.—FÁBRICAS DE CHOCOLATE.—LAVADEROS AL VAPOR, etc.

Estas máquinas, de precio módico, fáciles de ser instaladas, trasportadas, quitadas, conducidas á otro punto, responden á todas las necesidades de *una explotacion agrícola*, tales como las siguientes:—Mover las máquinas para la preparacion de los alimentos de las bestias de trabajo—servicio de destiladoras—dragado ó limpia de fondos—preparacion de abonos—quebrantamiento de huesos—maniobra de bombas de desagüe y de riego—reemplazar los motores de viento, etc.

Un gran número de estas máquinas, de una fuerza poderosa y tan bien dirigida, ha sido instalada por los cuidados de los ayuntamientos rurales de Francia en muchos puntos, para el servicio de los molinos, á los cuales aseguran, *solos ó con el concurso* del agua y del viento, un trabajo regular, aumentando de este modo, no solamente la facilidad de satisfacer ciertas necesidades en el pueblo donde una máquina de éstas exista, sino tambien en los pueblos circunvecinos.

LAS CALDERAS DE CÍMBOLOS CRUZADOS Y DE FOGON INTERIOR DE J. HERMANN-LACHAPELLE, *son construidas en los talleres especiales de la misma casa*, lo cual ofrece, por la eleccion de los materiales y por la ejecucion de aquéllas, muchas más garantías á los industriales que las que son construidas por los calderereros en la mayor parte de las fábricas constructoras.—TODAS ESTAS VENTAJAS REUNIDAS hacen que LAS MÁQUINAS DE VAPOR VERTICALES DE HERMANN-LACHAPELLE sean ya tan apreciadas en el extranjero como en Francia.

Sabido es que el *Vermouth*, así en Italia como en Francia, como en todos los países donde es conocido, se compone de vino blanco y otras sustancias más ó ménos saludables; pero el *Vermouth catalan de Sellés* ha costado á su autor muchos años de estudios y experimentos para poder presentar al público una bebida en cuya confeccion entran *únicamente* vejetales, y que sea grata al paladar, favorable para la digestion, y á propósito para combatir las enfermedades del estómago, habiendo sido aprobada por diferentes corporaciones científicas y profesores de medicina.

MUJERES DEL EVANGELIO.

CANTOS RELIGIOSOS

DEL

INSPIRADO POETA LARMIG

CON UN PRÓLOGO

de D. Gaspar Nuñez de Arce.

Consta de un tomo en 8.º frances, de 134 páginas elegantemente impresas, y se halla de venta en las principales librerías de España, al precio de 3 pesetas en Madrid, y 3,50 en provincias.

La publicacion está hecha por la empresa de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA y de *La Moda Elegante Ilustrada*, en cuya Administracion, calle de Carretas, 12, Madrid, se reciben pedidos.

Recomendamos á nuestros lectores la adquisicion de este precioso libro, ya que por desgracia tanto escasean hoy las buenas lecturas.

AJEDREZ.

Solucion al problema núm. 6, compuesto por Mr. X. (Lóndres).

BLANCAS.	NEGRAS.
1.º D 7 A, á 4 R.	R 5 R, la mejor.
2.º D 5 R, jaque.	R 4 ó 6, R.
3.º D 5 R, jaque-mate.	

Hay mas variante de fácil solucion.

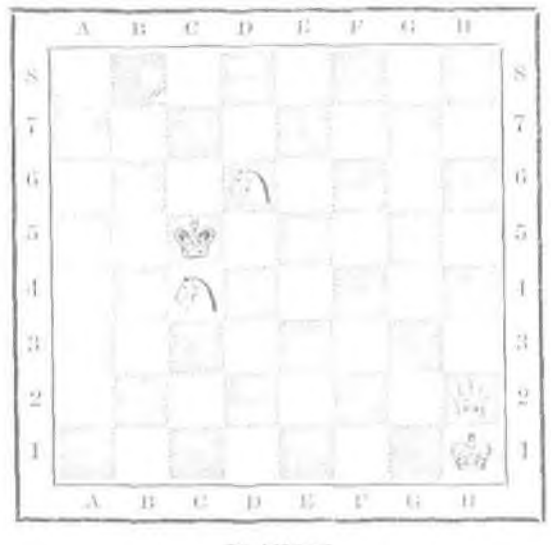
Soluciones exactas al problema núm 5.

D. José Monegal (Barcelona).—Sres. Llanuela y Rocafiada, del Sol, Martinez, Lacort y Ruiz, Moraiño, Gonzaga Pardiñas y Gonzalez (Castro-Urdiales).

Hemos recibido cartas de varios señores suscritores, dificultandonos que el citado problema núm. 5 pueda resolverse más sencillamente en dos jugadas. NO HAY TAL SOLUCION.—Y.

PROBLEMA NÚM 7.

NEGRAS.



BLANCAS.
Juegan éstas, y dan mate en tres jugadas.

Acaba de publicarse una obra que viene á llenar un vacío inmenso en la agricultura española: el *Tratado completo del cultivo de la huerta*, escrita expresamente para todas las provincias de España y Ultramar, por D. Buenaventura Aragó, ya conocido por sus escritos y especiales conocimientos agrícolas.

En la parte primera trata de las condiciones que debe reunir una huerta, enmiendas mecánicas, calizas, químicas, abonos, labores é instrumentos necesarios, riegos y aparatos, fuentes artificiales, etc.

En la parte segunda trata de los cultivos especiales, y consta de 134 plantas, muchas de ellas desconocidas. Un tomo en 4.º, de más de 500 páginas, ilustradas con 35 grabados. Véndese á 30 rs. en Madrid y 34 en provincias, franco de porte. Librería de los Sres. Viuda é hijos de Escribano—Príncipe, n.º 25, Madrid.

LOS CÓDIGOS ESPAÑOLES

CONCORDADOS Y ANOTADOS.

Segunda edicion.

Doce tomos en fólio; 600 reales en rústica y 720 en pasta. Están de venta en las principales librerías, y sigue abierta la suscricion en la de su editor San Martin, Puerta del Sol, número 6, Madrid.

MADRID.—IMPRENTA DE M. RIVADENEYRA.

Duque de Osuna, 3.

Y así tú, que ahora estás
En tal altura, no ignores
Que si hoy ostentas favores,
Presto celos llorarás.

Dicho sea en verdad que no hacen los anteriores versos grande honor á la constancia de las mujeres, mas ya toma despues el desquite, y en otros que les dedica á los hombres, los pone la madre Juana como buenos. Aunque son en parte conocidos por andar en un libro bastante manoseado, no queremos dejar de trascribirlos íntegros, aparte de su mérito literario, por el mucho contento que han de dar á las que por acaso nos dispensen la honra de leernos. Son éstos:

Hombres necios que acusais
Á la mujer sin razon,
Sin ver que sois la ocasion
De lo mismo que culpais.
Si con ánsia sin igual
Solicitais su desden,
¿Por qué quereis que obre bien,
Si la incitais al mal?
Combatís su resistencia,
Y luégo con gravedad
Decis que fué liviandad
Lo que hizo la diligencia.
Parecer quiere el denuedo
De vuestro parecer loco
Al niño que pone el coco
Y luégo le tiene miedo.
Quereis con presuncion necia
Hallar á la que buscais
Para pretendida, Thais,
Y en la posesion Lucrecia.
¿Qué humor puede ser más raro
Que el que, falto de consejo,
El mismo empaña el espejo
Y siente que no esté claro?
Con el favor y el desden
Teneis condicion igual,
Quejándoos si os tratan mal,
Burlándoos si os quieren bien.
Opinion, ninguna gana,
Pues la que más se recata,
Si no os admite es ingrata,
Y si os admite es liviana.
Siempre tan necios andais,
Que con desigual nivel
A una culpais por cruel
Y á otra por fácil culpais.
Pues ¿cómo ha de estar templada
La que vuestro amor pretende,
Si la que es ingrata ofende,
Y la que es fácil enfada?
Mas entre el enfado y pena
Que vuestro gusto refiere,
Bien haya la que no os quiere
Y quejaos en hora buena.
Dan vuestras amantes penas
A sus libertades alas,
Y despues de hacerlas malas
Las quereis hallar muy buenas.
¿Cuál mayor culpa ha tenido
En una pasion errada;
La que cae de rogada
O el que ruega de caido?
¿O cuál es más de culpar,
Aunque cualquiera mal haga:
La que peca por la paga
O el que paga por pecar?
Pues ¿para qué os espantais
De la culpa que teneis?
Queredlas cual las haceis,
O hacedlas cual las buscais.

No hay en estas redondillas palabra ociosa; cada verso encierra un concepto; cada redondilla expresa un pensamiento. Y luégo, qué facilidad de expresion, qué soltura en el lenguaje, qué hermosa sencillez, qué elegante naturalidad, cuánta delicadeza, cuánto ingenio, cuánta verdad y..... cuántas verdades dice esa monja, exclamará alguna de nuestras bellísimas lectoras.

Los romances, que son muchos los que tiene, y algunos de muy subido mérito; las liras, las décimas, los villancicos y las obras cómico-sacras de sor Juana Ines de la Cruz revelan los grandes conocimientos de esta extraordinaria mujer y las eminentes prendas poéticas de su nada comun ingenio.

El arte alegórico cuenta, entre los que le cultivaron, un partidario más, como claramente se muestra en las loas de nuestra poetisa americana. Juan de Mena y el Marqués de Santillana, el uno con su *Laberinto* y el otro con su *Comedieta de Ponza*, siguieron en Castilla la senda que el cantor de Beatriz gloriosamente habia iniciado en Italia. A bien que Dante no puede estar querelloso de su obra.

SANTOS PINA GUASQUET.

LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

El deseo natural de dar á nuestro periódico la mayor variedad posible, y la multitud de grabados de gran tamaño que ocupan una buena parte de sus páginas, nos impiden dedicarnos tan extensamente como quisiéramos á dar cuenta del movimiento científico y literario, superior en España á lo que pareceria posible, juzgando por las angustiosas circunstancias en que nos encontramos. LA ILUSTRACION, sin embargo, no deja ignorar á sus lectores nada de lo que más especialmente merece su atencion en punto á movimiento y progreso en todos los conocimientos humanos, dentro y fuera de nuestro país; así en nuestra revista general, como en artículos especiales, damos noticia sucinta de obras nuevas científicas y literarias, de representaciones dramáticas, de invenciones y descubrimientos, etc., etc., y con este mismo intento nos proponemos llamar la atencion de cuando en cuando sobre las tareas de las Academias y otras corporaciones análogas, en la parte que puede interesar al incremento de civilizacion y cultura de que tan ávidos están los pueblos españoles de la Península ibérica y de las islas y continentes americanos. Para unos y otros trabajamos con el mayor empeño, como lo demuestra el título mismo de nuestro periódico y el desarrollo que hemos dado á nuestras relaciones en Ultramar.

Con esta mira vamos á dedicar hoy algunas líneas á la Academia Española, que entre las corporaciones citadas es una de las que más trabaja, y acaso la única que produce obras de inmediata y directa utilidad para nuestros hermanos de América. Público se ha hecho tambien ya que está realizándose el pensamiento de crear en las naciones hispano-americanas otras academias, que siendo, no dependientes, pero sí corresponsales é hijas de la central de Madrid, trabajarán de consuno en el cultivo de la lengua y literatura que les son comunes. De aquí resultará un cambio recíproco de obras literarias, que acrecentando las fuentes de enseñanza pública, estrechará los lazos que á todos aquellos habitantes unen con los de la Península como procedentes de orígen comun. Sabido es que el idioma es uno de los principales medios de íntima comunicacion y trato entre los pueblos; y tanto es así, que á pesar del apartamiento político y la desmembracion de nuestras antiguas provincias ultramarinas, nunca se consideran sus naturales en nuestro país como gente extraña. Viaje por todo el territorio español un mejicano, un chileno, un peruano, un neo-granadino, etc., jamas se oirán llamar extranjeros, ni nadie meterá en la cabeza de nuestro pueblo que, un hombre que habla nuestra lengua deja de ser español, y es igual á un frances, un aleman ó un ruso. Esa funesta tendencia que en todas nuestras discordias civiles apunta en algunas de nuestras provincias al alejamiento de la unidad nacional, quizá reconoce por primera causa el que allí tienen sus dialectos particulares.

En este punto son incalculables los servicios que presta la Academia Española con la publicacion de sus obras, ya didácticas, ya meramente literarias; y si de los lazos morales volvemos la vista á los puramente materiales, no podrá ménos de advertirse su influencia, primero en el comercio recíproco de libros, y despues en el de otros ramos á que da lugar la identidad, ó por lo ménos analogía, de gustos, creencias, usos y costumbres.

Con mayor extension trataremos otro dia de la creacion de dichas academias americanas, promovida por la Academia Española, así como de los principales libros de ésta y de sus juntas públicas. La que tuvo lugar el domingo 30 de Marzo para la recepcion del académico electo D. Antonio Arnao, fué muy concurrida, y notable el discurso del candidato, tratando «Del drama lírico y de la lengua castellana como elemento musical.» Logró tambien grande aplauso la contestacion del secretario accidental D. Antonio María Segovia, ceñida al mismo tema, y en la cual se apuntan algunas de las ideas que dejamos emitidas sobre ser la lengua «vínculo social de cuantos la tienen en España y América por signo de comun cultura y de fraternidad verdadera.»

El primer dia de Pascua se dará con igual solemnidad posesion de su plaza al académico D. Luis Fernandez-Guerra, el historiador del insigne mejicano D. Juan Ruiz de Alarcon, gloria de la dramática española. El discurso que el nuevo académico prepara no podrá ménos de ser interesante, y no se quedará en zaga la contestacion, que está á cargo de su hermano D. Aureliano, bibliotecario de la misma Academia y miembro distinguido de la de la Historia.

E. E.

EL SUEÑO DE UN JUSTO

(CUENTO).

por Cárlos Rubio.

A la caida de una serena tarde de primavera, Beatriz, hermosa y pálida como la aurora, asomaba su rubia cabeza por la ventana de su cuarto, que circundaba como un marco una planta de jazmines, y miraba atentamente un sendero del jardin que conducia á su casa desde la verja.

Como estaba vestida de negro y de sus ojos azules rodaban aún algunas lágrimas silenciosas, un poeta la hubiera comparado á la aurora que sigue á una noche de tempestad.

Su impaciencia era extrema, á traves de su vestido se notaba el latir de su corazon azorado como el de un pájaro en las manos de un niño, sus dientes menudos y brillantes como perlas mordian su trémulo labio; de tiempo en tiempo consultaba su relojito de oro guarnecido de diamantes y levantaba al cielo sus ojos murmurando —¡Dios mio, Dios mio, que no deje de venir!

¿Era á su amante á quien esperaba? ¿Qué otras penas que las del amor pueden conmover un corazon de diez y siete años?

Y sin embargo, un relámpago de alegría iluminó la faz de la niña, que se quitó de la ventana, corrió á la escalera y bajó de dos saltos al jardin, exclamando: ¡Ahí está, ahí está! en el momento en que un anciano nonagenario apoyándose en un báculo entraba tranquilo y pesadamente en el jardin.

El anciano habria sido hermoso; bajo sus cejas blancas como la nieve, brillaban aún sus grandes ojos garzos con una limpidez celeste, con una calma de mártir que imponia respeto y veneracion; sus facciones eran regulares, su expresion bondadosa, su barba larga y sus cabellos canos le daban el aspecto de un apóstol: pero todo esto no bastaba, ni mucho ménos, para que una niña se enamore.

Beatriz corrió al anciano, le abrazó llorando y le dijo: D. Benigno, padrino mio, es preciso que le salveis.

¿Y á quién he de salvar, querida niña? dijo D. Benigno sonriendo y sentándose con ella en un banco de mármol á que la copa del árbol del amor servia de dosel con sus ramos cuajados de flores rosadas.

Entónces la niña tuvo un momento de turbacion y se puso más colorada que las flores del árbol que la daba sombra; pero al fin se decidió á hacer su confesion.

La noche ántes, sin que lo supiera D. Justo su padre, habia ido con su tia á un baile de máscaras. Iban disfrazadas ambas y contaban con no ser conocidas; pero un jóven calavera, que daba señales de haber abusado de la bebida, las habia molestado con sus bromas, acabando por querer quitarlas la careta. Entónces otro jóven que por casualidad estaba junto á ellas, tomó su defensa, hubo palabras graves entre los dos, sonó un bofeton, los dos salieron, se batieron en una calle contigua al teatro en que se daba el baile, el calavera cayó muy mal herido, y el defensor de las damas fué preso.

Habia entónces una ley, segun la cual el duelo era castigado con pena de muerte. El defensor de Beatriz iba á ser juzgado con arreglo á esta ley por D. Justo, y.....

¿Y hay en ese corazoncito una voz como la de un niño ciego y loco que reclama su vida? dijo D. Benigno siempre sonriendo con bondad.

Beatriz se puso más colorada y prosiguió bajando los ojos: Es preciso que convenzais á mi padre para que no le condene; es preciso que se salve, porque si le matan, yo creo que me moriré tambien.

Y rompió á llorar.

Don Benigno la consoló y entró á ver á D. Justo.

Don Justo era un juez jóven aún, que hubiera creido hacer una ofensa al santo de su nombre si alguna vez se hubiera compadecido de un delincuente. La justicia tiene una balanza en la mano, una venda en los ojos y carece de corazon, decia; la indulgencia respecto al reo es crueldad respecto á la república, porque el reo es el cáncer y la república el cuerpo. Todo árbol se conoce por sus frutos; el que produce el veneno, lo que se llama crímen, debe ser arrancado de raiz y arrojado á la hoguera, que es para lo único que sirve. El que la hace que la pague; esto es justicia, y ésta es y será siempre mi opinion.

Don Benigno era el reverso de la medalla. No veia culpa á que no hallase disculpa. Para él no habia hombre malo; oyéndole daban ganas de poner en los altares á Roberto de Belesme y Ezzelino. Su máxima era: Dios nada malo ha hecho, y por tanto, los hombres que nos parecen malos no pueden serlo. Nos parecen malos porque queremos reducir á nuestros planes humanos la naturaleza creada por un plan divino, y procuramos apropiar el hombre á la sociedad en vez de hacer la sociedad para el hombre; pero los tiempos pasarán y ¡ay de los juzgadores, porque ellos serán juzgados!

Como era natural, Justo y Benigno estaban siempre riñendo, y lo que maravillaba á todos (y á ellos mismos), era que no podian pasarse el uno sin el otro. Mil mañanas se habian separado enojados, jurando no volverse á ver, y por la tarde su primer cuidado hubiera sido buscarse para comer juntos al salir Justo de su

PALENCIA.—Procesion llamada de *los Pasos* por las cofradías de los penitentes.

BELLAS ARTES.—*El amparo del huérfano*, cuadro de Mr. Gabriel Marx.

tribunal y Benigno de su laboratorio, porque este señor se dedicaba y habia dedicado toda su vida al estudio de la química, y segun decian las gentes, tambien al de las ciencias ocultas.

Sobre el asunto que tanto interesaba á Beatriz, ésta, á traves de la puerta, les oyó tenian discusion terrible.

Benigno decia: La pena de muerte va desapareciendo de los códigos y acabará por abolirse en todas partes, porque la opinion pública ha declarado la guerra al verdugo, y como ella desaparecerán todas, porque ¿acaso hay alguna pena que no sea de muerte? Nuestra libertad, nuestra honra, nuestro capital, ¿no son partes de nuestra vida? Hoy se dice es malo cortar la cabeza miéntras se dirá es malo cortar la mano y el pié, y otro dia se dirá es malo cortar las manos y los piés del alma, quitándola el ejercicio de su actividad. Y los que esto digan tendrán razon, porque ¿qué derecho tiene el hombre para penar? ¿Direis que la necesidad social? Examinemos eso.

Tan natural es al hombre vivir en sociedad como á las abejas vivir en enjambre: pero el hombre se diferencia de los animales en ser perfectible; esto es, en que miéntras el animal, obedeciendo á su instinto, apénas llega á la plenitud de su desarrollo físico llega tambien á la de su desarrollo intelectual, que es todo el desarrollo á que puede aspirar su raza, el hombre no tiene, ni como individuo ni como especie, límite en su mejoramiento. Estudiando un animal sabemos lo que es, lo que ha sido y puede dar de sí su especie; con sólo estudiar un hombre, dos, tres, un millon, ¿cómo ha de saberse lo que podrá llegar á hacer la humanidad?

Pero esta perfectividad del hombre está compensada con una enfermedad de su espíritu que le impide encontrar la verdad relativa que le es necesaria por intuicion, y que sólo le permite obtenerla por medio de la experiencia.

El hombre necesita vivir en sociedad, pero ¿cuál será la mejor forma social, aquella en que todos los intereses, todos los sentimientos y todas las ideas sean armónicos como los giros del sistema planetario? No lo hemos descubierto aún. Los utopistas teóricos dicen cada uno desde su gabinete: ¡Eureka! Los utopistas prácticos imponen sus sistemas por la fuerza, pero contra unos y otros protestan en particular ó en público muchas conciencias, que tambien tienen derecho á ser oidas, porque tambien han sido formadas por Dios.

Miéntras haya alguno á quien la forma social lastime, la sociedad no será perfecta, sino perfectible, porque el bello ideal será aquel estado social en que no se queje ninguno.

El hombre, obedeciendo á su instinto, formó sociedades, pero careciendo de experiencia las formó imperfectas. Muchos asociados se encontraron lastimados en su modo de sentir ó de desear. Empezaron por quejarse, siguieron por no obedecer y acabaron por rebelarse. La autoridad social se figuró entónces que era Dios, y ellos los ángeles rebeldes (los mitos de todos los pueblos antiguos nos recuerdan esta época); envió primero á combatirlos aquel Hércules que pintaban los antiguos galos con una maza en la mano y unas cadenas en la boca, con las cuales arrastraba á los hombres atándolos por los oidos. Pero el Hércules fué vencido, y entónces desesperada acudió al último recurso; no se resignó á templar mejor la lira ni á perfeccionarse en el arte de tocarla, sino que prefirió romper las cuerdas de que no sacaba sonidos armónicos.—Algo ha de morir, no he de ser yo, exclamó, y llamó en su auxilio al hombre rojo, al verdugo.

Esto ha sido una injusticia hija de la torpeza.

II.

En vano mugen en torno suyo maldiciones, súplicas, lamentos, rechinamiento de dientes; por eso está destinado á pasar como todos los errores. Sí, señor juez, los tribunales, los códigos, las penas, están destinadas á pasar.....

—No digais locuras, exclamó D. Justo sin poderse contener. Sois un utopista, un soñador despierto, vuestra doctrina es anti-social. Extendedla un poco más y nos conducirá á considerar como un atentado el defendernos de las fieras que quieran devorarnos.....

—En el caso presente, replicaba D. Benigno, no se trata de ninguna fiera, sino de un hombre que se ha batido.....

—¿Y aprobaréis el duelo vos, tan filósofo y tan enemigo del derramamiento de sangre, aprobaréis ese mal llamado juicio de Dios que los pueblos antiguos no conocieron, que nos trajeron los bárbaros del Norte y que es la vergüenza de nuestra época que pasa por civilizada?

—No es cierto que los antiguos no conocieron el duelo. Las guerras solian decidirse entre ellos por combates particulares; ¿fué otra cosa que un duelo el combate entre Goliat y David? ¿Fué otra cosa el de los Horacios y Curacios? Pero aunque no fuera así, ¿qué importaria? ¿Seréis como esos críticos pedantes que no comprenden que el genio marche por otras sendas que las trazadas por Grecia y Roma?

—El duelo ha sido un adelanto de la humanidad. Antes el hombre decia: Fulano me estorba, y le asesinaba á traicion. Ahora le dice: Para vivir necesito pasar por el camino en que estás; ó tú ó yo hemos de morir; luchemos con armas iguales y que Dios decida.

—Y en el caso presente, ¿por qué á dos locas se les hubiera ocurrido ir á un baile necesitaban matarse esos dos?.....

—¿Quién sabe? De una chispa sale un gran incendio. De una palabra se pasa á un insulto, de un insulto á un bofeton, y de un bofeton á una estocada.

—Y de una estocada al tribunal, que aplica la pena ejemplar. Esto enseñará á contenerse.....

—¿Al guillotinado? ¿Le quereis matar para enseñarle á vivir? ¿Qué gana la sociedad por perder un hombre?

—Que no sabe contenerse en los límites de la ley.....

—O que no ha podido. ¿Quién ha errado? ¿Dios que le ha dado á vuestro reo su organizacion, ó el hombre que ha hecho la ley en que esa organizacion es culpable?

—Dios le ha dado la organizacion como una nave y la inteligencia como un timon, ¿por qué no se sirve de ella?

—¿Quién hay que no haga nunca sino lo que ordena la razon?

—Muchos. Yo.

—Tambien tendréis vuestro talon vulnerable.

—Yo no he faltado nunca.

—Eso puede ser fortuna, y no virtud.

—Y no faltaré jamas.

—Ninguno puede decir de esta agua no beberé.

La disputa hubiera seguido, pero un criado anunció que la sopa estaba en la mesa y los dos disentidores pasaron al comedor.

III.

La comida fué triste. Beatriz procuraba ocultar su turbacion y dirigia miradas suplicantes á D. Benigno, que sonreia en silencio. La tia parecia la estatua de la mujer de Lot, excepto en lo salada. Don Justo ignoraba que las dos damas que le oian hubieran sido la causa del duelo, porque el preso negaba conocerlas, y ponia de vuelta y media á las mujeres que van á bailes. La situacion era tirante á más no poder.

Para dar sin duda un poco de respiro á las damas, D. Benigno á los postres cambió de conversacion, diciendo: A propósito de fiestas, ¿sabeis, D. Justo, que estais convidado esta noche á una en que no podeis faltar?

—No recuerdo.

—Sí, hombre, á casa del fiscal, cuyo hijo él ha casado hoy y que os ha convidado á la cena.

—Es verdad, dijo recordando, y lo siento, porque tengo gran deseo de dormir.

—Pues dormid un poco en el sillon, y á eso de las diez irémos á la boda.

—Convenido.

—Pero por Dios, padrino mio, dijo Beatriz á D. Benigno, ¿os habeis olvidado ya de mi defensor? Ved que el tiempo es precioso.

—No tengas cuidado, respondió D. Benigno sonriendo siempre. La cena de esta noche ha de producir muchas cosas, y entre ellas la de imposibilitar á tu papá para condenar al reo.

Beatriz no quedó tranquila, pero quedó con esperanza.

Y ahora figuraos que esto es una comedia, que don Justo está durmiendo en su sillon, que Beatriz y su tia salen del comedor, que D. Benigno se pone á leer un periódico y que cae el telon.

La cena del señor Fiscal era espléndida. Muchas flores, muchas luces, manjares exquisitos. Entre los convidados se distinguia por lo vieja, por lo fea y por lo adornada doña Sinforosa. Su esposo D. Timoteo, cuya nariz parecia una caña de pescar, no la quitaba ojo, porque era muy celoso y la creia una Vénus; pero don Justo se preguntaba: ¿cómo podrá suponer este hombre que tal mujer pueda inspirar amor? Si era así la de Putifar, no fué mucho el mérito de José. Por el contrario, lo extraño, lo inconcebible, hubiera sido que se atreviese con ella.

A los postres hubo algunos brindis, y várias personas se levantaron, entre ellas D. Timoteo, que se colocó detras de D. Justo y apoyó los brazos en su sillon para ver más de frente á su adorada esposa.

Don Justo era calvo como S. Pedro, y al poco tiempo empezó á sentir que le caia en la cabeza, lenta, acompasada, una gota de agua como la de la monja empareda-da.

Era que D. Timoteo estaba resfriado y su inmensa nariz destilaba como un canalon despues de la lluvia.

Don Justo alzó la cabeza incomodado, y entónces la gota le cayó en un ojo.

Abrió la boca para quejarse y le cayó en ella otra gota.

Se levantó y salió á otra pieza removido.

Doña Sinforosa habia visto la escena y salió tambien para disculpar á su marido.

Don Timoteo quiso seguirla, pero un impertinente le detuvo por el brazo para consultarle sobre un pleito, y tuvo que quedarse.

A este tiempo ya todos se habian levantado de la mesa y se dirigian unos á los salones de baile, otros á los de juego, otros al jardin.

Doña Sinforosa cogió dos yemas de una bandeja que pasaba un criado, ofreció una á D. Justo como prueba de reconciliacion, y se comió la otra.

Despues le propuso pasear por los jardines.

Don Justo no tuvo más remedio que comerse la yema y darla el brazo.

Pero á poco empezó á sentir en sus venas un calor extraño; ideas lascivas cruzaban por su mente, frases eróticas se deslizaban de sus labios, y doña Sinforosa, que siempre habia sido un modelo de virtud, pero que en aquel momento parecia aquejada de la misma enfermedad, le iba pareciendo ménos fea..... acabó por parecerle adorable.

El caso era muy fácil de explicar.

El hijo del fiscal habia, como Páris desde su más tierna edad, preferido Vénus á Juno y Minerva, y esta preferencia no habia producido la ruina de Troya, pero sí la de su salud hasta el punto de que al celebrar su casamiento temia encontrarse en la alcoba nupcial en la situacion en que Sorlipi, el favorito del elector Jorge II, si hubiera celebrado el matrimonio que intentó con la señorita Sich Wer.

Supongo que el lector no ignora que Sorlipi era eunuco, y que sobre si podia casarse ó no disputaron mucho los teólogos y escribieron graciosísimas memorias las cuatro facultades.

Para evitar este paso llamó en su socorro un amigo médico, que le dió unos polvos de aquellos animalitos que Beranger ha cantado, y que segun Piron en su gracioso cuento titulado *La cadena de los acontecimientos*, produjo en el convento de monjas el incendio que para apagar

Vinrent, non pas les pompes de la Ville,
Mais celles-là du benoît Bernardin.

El hijo del fiscal hizo meter los polvos en unas yemas que puso aparte, pero un criado las mezcló por equivocacion con otros dulces, y D. Justo y doña Sinforosa que las comieron sufrian ardores como los que San Francisco tenia que apagar en la nieve.

En tanto D. Timoteo, habiéndose librado del impertinente, andaba de un lado á otro buscando á su esposa, preguntando aquí, mirando allá, sudando la gota tan gorda, y cuando la halló en el jardin, ¡cielos, qué grupo vió! Los mechones de pelo de las sienes se le pusieron de pié, lanzó un grito y se arrojó sobre los culpables.

Don Justo, que estaba demasiado absorto en su obra para conocerle, al sentir que venia sobre él aquella mole y le golpeaba, primero con la nariz siempre húmeda, y luégo con las manos, le dió tan violento empellon que le hizo caer de espaldas.

Don Timoteo dió un nuevo grito y no se levantó. Habia dado con la cabeza en una gran piedra y se habia desnucado.

Figuraos el terror de doña Sinforosa y D. Justo cuando lo vieron.

—Dios mio, decia D. Justo, ¡soy un adúltero y un asesino!

—Dios mio, decia doña Sinforosa, ¡estoy viuda! ¡En ese estado tan horrible, porque sabe una lo que pierde y no lo que encontrará!

Y lo peor era que la gente habia oido los gritos de D. Timoteo y acudia por todas partes con luces, y dos chiquillos salieron de entre unas matas desde donde habian estado observando la escena con curiosidad desde el principio y corrian hácia los que venian, gritando:

Don Justo y doña Sinforosa han matado á D. Timoteo.

Don Justo vió en perspectiva la cárcel, el tribunal, el verdugo.

Doña Sinforosa le dijo:—¡Huyamos! y huyó con ella sin saber adónde.

Al paso encontró al hijo del fiscal que quiso detenerle.

Le dió un bastonazo en la cabeza y le derribó.

La puerta del jardin por donde querian salir estaba cerrada.

Los dos fugitivos corrieron por otro lado.

Un muchacho les salió al encuentro gritando, «aquí están, aquí están.» Doña Sinforosa le dió un empellon, en seguida le pisó el pecho como á una araña.

Por fin salieron y entraron en un coche. Don Justo apénas se daba cuenta de lo que hacia entre la fiebre de las yemas y la del terror.

A poco se apoderó de él el delirio.

Le pareció que estaba muerto, que era cierta la metempsicosis, que pasaba á ser sucesivamente diversos animales, unas veces oveja, otras tigre, otras lobo, pero que conservaba la forma humana y que una voz de lo alto le decia: así son todos los que parecen hombres, unos son leones, otros serpientes, otros palomas, y cada cual tiene una moralidad distinta segun lo que es, porque tiene distinta organizacion y distinto modo de sentir. Tan independiente es del hombre tener más ó ménos talento: una composicion química convierte en una bacante á una santa, un vaso de aguardiente hace de un hombre honrado un asesino.

A ambos se les disculpa y compadece.

El que haya nacido con una organizacion tal como la del hombre honrado cuando está ebrio y la santa que ha tomado la composicion química, ¿son culpables si obedecen á los impulsos de su organizacion?

Cuando pasó el peligro se halló en la cubierta de un buque en medio del mar. Doña Sinforosa estaba á su lado, y su vista le espantó como pudiera un espectro.

Y sin embargo, doña Sinforosa le habia salvado embarcándole á precio de sus joyas y curándole en su enfermedad, pero era la personificacion de su delito.

Por desgracia iba á ser tambien su demonio tentador.

No sé dónde he leido, le dijo ella, que la conciencia humana se asemeja á una persona que con un traje blanco marcha por una calle llena de barro. Al principio va cuidando mucho de no mancharse, cuando se ha salpicado un poco se espera, cuando se ha salpicado mucho ya camina de prisa y se enfola sin cuidado. Eso me ha pasado con la mia. Habiamos escapado del primer peligro, pero áun no estábamos libres. Este buque iba á un país en que hay extradicion. Antes que nosotros hubiera llegado una requisitoria y nos hubieran preso en el puerto; he cortado el peligro á tiempo. He sobornado á la tripulacion, se ha sublevado contra el capitan y nos hemos declarado piratas. Te tienen por un gran jefe por lo que les he dicho, y es preciso que representes tu papel para que te obedezcan.

Don Justo protestó, quiso resistirse, pero el mal estaba hecho, y hubo de doblar la cerviz á la ley de la necesidad.

Resignóse á representar el papel del marino y el héroe por fuerza.

Fingiendo que su enfermedad continuaba y haciéndose sustituir por su segundo, salió del primer apuro; bebiendo grog en los dias de combate, grog que doña Sinforosa le servia, salió más de una vez del segundo.

La desesperacion, el deseo de la muerte, la ira contra la suerte, contra el cielo, contra sí mismo le tenian como loco. Figuraos lo que sería cuando á todo esto se añadia la embriaguez.

¡Cuántos combates, cuántos actos de barbarie de todos géneros presenció, presidiéndolos, asumiendo la responsabilidad!

Al poco tiempo su alma estaba, por decirlo así, curtida; no tenia más que hiel, se miraba á sí mismo como un condenado, y á ratos le parecia que sólo podia complacerse en el mal, y doña Sinforosa como su ángel malo le impulsaba más y más, porque ella se habia convertido en una fiera, en una furia del averno.

Un dia se empeñó un combate tal, que todos los espíritus infernales debieron palmotear. El nebuloso humo ahogaba, el relampagueante fuego de los disparos deslumbraba, el tronar de los cañones ensordecia, el griterio era suficiente para enloquecer á un sordo. Don Justo, como el combate era más rudo, estaba más borracho que de costumbre, y pegaba á diestro y siniestro como un látigo que dirige una mano furiosa.

Si la vida está en el átomo, todo látigo al golpear, aunque no sea más que al aire, hace que miles de seres vivientes maten á otros tantos. ¿En qué pena incurren ante el Creador esos asesinos?

Si todo el que nace tiene derecho á vivir, y no hay derecho contra el derecho, deben reclamar á Dios daños y perjuicios desde la tumba los asesinados. Y si no á Dios, á los autores de los poemas desagradables que constituyen la filosofía de esos buenos alemanes á quienes Voltaire deseaba más imperio y ménos consonantes.

(Se continuará.)

LA VÍRGEN DEL DESIERTO.

(Al pintor German Hernandez.)

Mírala, oh tú que de piedad henchido,
Compadeciendo los ajenos males,
Cruzas, con pensamiento enardecido,
Del dolor las regiones ideales.

Mírala, ¿no la ves? Esa inocente
Vírgen divina de la raza hebrea,
En cuya noble inmaculada frente
La amargura entre sombras centellea:

Esa que, envuelta en azulado manto
Y cubierta la sien de blanca toca,
Dormido lleva al hombro niño santo
Que acaricia con ósculos su boca:

Esa que al fin, tras caminar incierto,
De congoja indecible el alma llena,
Viendo en redor los mares del desierto,
Posa el desnudo pié sobre su arena:

Esa es María, la doncella hermosa,
La que en pasados y remotos dias,
Gloria de Nazaret, mística rosa,
Antevió en sus visiones Isaías:

Y el infante que estrecha en sus desvelos
Para que el mundo por su Dios le aclame,
Es el Cristo Jesus, rey de los cielos,
Consagrado á morir en cruz infame.

Solos están en árida llanura
Y unidos en un sér con mudo abrazo:
Ella velando en maternal ternura,
Él durmiendo en la paz de su regazo:

Mientras del rojo sol á los reflejos,
Como guiados por arcano instinto,
Emblema de anhelos, cruzanse á lo lejos
Dos retoños de humilde terebinto.

Y en tanto que los busca rencoroso
Quien el nombre de príncipe deslora,
El ángel desde el cielo, más piadoso,
Conturbado y de hinojos los adora.

¡Oh escena de afliccion! ¿Quién verte puede
Con secos ojos y alma diamantina!
¿Quién á la tierna compasion no cede
Cuando en tí penas tales adivina!

¡Oh destierro de acerbos sinsabores,
Que recuerdas á un mundo al mal propicio,
La Madre destinada á los dolores,
El Hijo destinado al sacrificio!

Tiempo vendrá en que el arpa del poeta
Vibre por tí con estro sobrehumano,
Y en que el pintor con mágica paleta
Diga cuál fuiste al corazon cristiano.

¡Dichoso aquel que á revelar acierte
Beldad tan grande, oh Vírgen solitaria!
El salvará su nombre de la muerte:
Tú hallarás en su voz una plegaria.

ANTONIO ARNAO.

LA VUELTA DEL CALVARIO.

Baja del monte yerta, desdeñada;
De sus mejillas el color ausente;
Atónita la vista, y abrumada
Al peso enorme del dolor la frente.
Los ángeles recogen los abrojos
En donde imprime sus sagradas huellas;
Y se oscurece al ver sus tristos ojos
La moribunda luz de las estrellas.
Las flores sobre el tallo desfallecen
Transidas de dolor por su agonía:
Y las brisas nocturnas se estremecen
Al murmurar el nombre de *María*.
Sola camina, sola en sus dolores,
Sin que despierten su sentido yerto,
De la sombría noche los horrores
Ni el ábrego aterido del desierto.
¿A dónde va? ¿Dónde lleva solitaria
Su triste desamparo y su amargura?
¿Qué santo hogar, qué puerta hospitalaria
Acogerá á la Madre sin ventura?
Paloma que al azar vuelas errante,
¡Ay, vuelve, vuelve á tu verjel querido!....
Mas ¿á qué ha de volver, tórtola amante,
Si ya el hijuelo no hallará en el nido?

L. SIPOS.

CRÓNICA MUSICAL.

Teatro de la Ópera. *La Creacion*, de Haydn.—*Ataques y defensa.*

Contando, ante todo, con la benevolencia de nuestros lectores, y áun á riesgo de abusar de la confianza con que nos honra el inteligente, amable y celoso director de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, vamos á per[illegible] en la presente *Crónica* juzgar en breves palabras el célebre oratorio de Haydn, y justificar, si nos es posible, al mismo tiempo nuestra conducta al escribir un artículo de *La Creacion*, inserto no há mucho tiempo en un periódico de la capital, periódico de cuya seccion musical estamos tambien encargados.

Todos los mortales, grandes, chicos y medianos, se hallan expuestos frecuentemente en esta vida perdurable á cometer inconvenientes, á padecer errores, á llevar á cabo, con la mejor voluntad casi siempre, actos que, sometidos al juicio público, se convierten luégo en objeto de amarga censura para su infortunado autor.

Errare humanum est. Cuando talentos de primera talla, cuando personalidades respetables en todos los ramos del humano saber, han sido víctimas de esta ley fatal, ¡qué mucho que nosotros, soldados de última fila, críticos de mogollon, sin suficiencia, sin práctica y sin autoridad, hayamos incurrido en un grave error, en una falta imperdonable.

Tal ha sido, con rubor lo confesamos, la malhadada *Crónica musical* que á propósito de *La Creacion*, de Haydn, hemos publicado en las columnas de *El Imparcial*.

Más de un respetable y distinguido maestro se ha acercado á nosotros pidiéndonos satisfaccion del ultraje que, segun él, hemos inferido al ilustre creador de la sinfonía. Más de un dilettante nos ha manifestado con aire compungido el disgusto que nuestro artículo le produjera. ¿Qué más? Hemos recibido una carta firmada, *Varios aficionados*, en la que, despues de los elogios de cajon, despues del *distinguido*, *ilustrado* y demas adjetivos que prescribe la buena crianza, se nos pone como un trapo, permítasenos esta vulgar expresion, regalándonos una serie de calificativos terribles, con los que no sale muy bien parada que digamos, nuestra *modesta* honra crítico-musical.

Y todo ¿por qué? Porque hemos afirmado que el público de la Ópera se habia aburrido oyendo el magnífico oratorio del maestro aleman; porque hemos retratado en estilo ligero, valiéndonos de conversaciones oidas en el teatro, el efecto que *La Creacion* habia producido en la gran mayoría de los espectadores. Hé aquí nuestro error, hé aquí nuestra falta; falta imperdonable, severamente censurada, y que ha sido causa del anatema que han lanzado contra nosotros algunos maestros y algunos *soi disant* inteligentes.

Vamos á cuentas y entendámonos, si podemos.

La mision de la crítica, mision delicada, difícil y peligrosa si las hay, consiste en ilustrar al público y dirigirlo convenientemente, poniendo de relieve ante sus ojos las buenas y malas condiciones de una obra, las cualidades salientes de ella, sus detalles particulares, todo aquello, en fin, que teniendo verdadera importancia, merece ser estudiado con detenimiento y condimentado literariamente de cierta manera para facilitar su comprension, á fin de que sirva así de enseñanza á ese público ántes citado.

Ahora bien: entendemos nosotros que el crítico debe, ante todo, dirigir todos sus esfuerzos á conocer en lo posible á sus lectores. Y esto, que á primera vista puede parecer difícil, no lo es tanto si se considera que los lectores del crítico musical se reunen indefectiblemente en el teatro de la Ópera ó en el de la Zarzuela alguna que otra vez, ó en los conciertos de Monasterio, y allí pueden estudiarse con calma, allí puede juzgarse de sus gustos y aficiones, pueden depurarse sus excesos ó debilidades, puede, en fin, tomarse el pulso y hacer un diagnóstico más ó ménos aproximado, pero casi siempre justo, de sus intermitencias temibles.

Esto sentado, claro está que no todas las obras, ni las ejecuciones de éstas deben juzgarse de la misma manera ni en parecidos términos, pues produciendo ellas en el público efectos distintos, la crítica necesita evidentemente amoldarse á estos efectos, y cumplir su mision con cierta difícil ductilidad, midiendo siempre la importancia de sus escritos por la que el público haya dado á la obra ó al artista objeto de la crítica.

Esta nuestra opinion podrá seguramente ser tachada de errónea, y no faltará tambien quien nos diga que la crítica debe siempre ejercerse en serio. Contestarémos á los primeros que, si es así, nos equivocamos de buena fe; y en cuanto á los segundos, sólo les dirémos lo siguiente:

Así como el músico compone óperas para que las oigan, y el autor dramático escribe obras para que las escuchen, así el crítico hace artículos para que sean leidos por el mayor número posible de lectores.

Se canta *La Creacion* de Haydn en el teatro de la Ópera, y el público en general se fastidia hasta el extremo de no asistir sino á la primera audicion del oratorio. Llega la hora de cumplir con nuestra mision, y nos encontramos con el siguiente dilema: ó escribimos en serio una crítica musical de *La Creacion*, en cuyo caso estamos seguros de aburrir soberanamente á la mayoría de nuestros lectores, ó en vez de la crítica pergeñamos un artículo ligero tratando de describir el

efecto que el oratorio ha producido en los espectadores, y esperamos conseguir de esta manera que el artículo se lea con indulgencia.

No vacilamos un momento, y optamos por el segundo medio. ¿Por qué? Por una razon muy sencilla. Si nos dirigiamos al público, en su gran mayoría, pretendiendo ilustrar su opinion por medio de una crítica meditada, trabajo perdido. Cuando una obra del género antiguo no interesa al auditorio *por ser muy difícil que llegue á interesarle*, como luégo demostrarémos, la crítica no puede ejercer influencia ninguna en la generalidad de los lectores. Los músicos podrán leerla con curiosidad, pero no con interes, puesto que tienen formada por medio del estudio una sólida opinion de la obra; y en cuanto á las dos docenas de eruditos á la violeta que frecuentan la Ópera, ya ellos saben á qué atenerse sin necesidad de críticas callejeras, cuando tienen á Clément ó á Scudo, ó á Stendhal y algunos otros escritores cuyas apreciaciones son artículos de fe para aquellos apreciables *dilettanti*, que no se toman el trabajo de estudiar á fondo las obras de literatura musical ántes de dejarse *ilustrar* (perdónesenos este bárbaro galicismo) por las opiniones de sus autores.

Despues de estas explicaciones, ocúrresenos ya preguntar: ¿Hemos cometido un acto de irreverencia contra Haydn al publicar nuestra crónica de *La Creacion*? Si el artículo se juzga por sus condiciones literarias, confesamos de buen grado que, en efecto, es verdad; pero nunca consentirémos que se nos tache de mal intencionados, ni de haber querido atacar la reputacion de Haydn, cuando la fama del gran maestro está muy por encima de todos los artículos, y no es nuestro público ménos entusiasta en aplaudir sus obras instrumentales en los conciertos de primavera y en las sesiones de la Sociedad de Cuartetos.

Si el público se ha aburrido oyendo *La Creacion* en el teatro de la Ópera, cúlpese al público, que no á nosotros; diríjanse al público esos aficionados, esos inteligentes que han puesto el grito en el cielo y calificado duramente nuestra conducta. Y como no nos duelen prendas, vamos ahora á defender á ese calumniado público que no se ha entusiasmado con *La Creacion*, y que, en vez de aplaudir, por el bien parecer, lo que no le gusta, como hacen algunos *inteligentes*, ha tenido la noble franqueza de manifestar su desagrado con un respetuoso silencio, elocuente tributo de admiracion al gran maestro aleman.

¿Habrémos de decir que el oratorio de Haydn, salvas algunas fuertes reminiscencias del *Don Juan* de Mozart, es una obra admirable en su género? La fisonomía entera del ilustre autor de *Las Estaciones* se encuentra en los procedimientos de forma y en la estructura general de su célebre oratorio. Ya se trate de ideas, ya de sentimientos, así en la parte imitativa que juega un importante papel, como en las piezas que pudiéramos llamar dramáticas, Haydn se revela en *La Creacion* el compositor completo, maestro de vastísima instruccion, delicado siempre, siempre discreto, sacando inmenso partido de los escasos recursos que posee, y animándolo todo con su nunca desmentido talento de intuicion y asimilacion musicales. Esto deben saberlo y lo saben los maestros y los verdaderos inteligentes; esto lo habrán aprendido los eruditos á la violeta con leer á Fetis ó á Castil-Blaze.

¿Cuáles son entónces los defectos de la obra, cuando no ha tenido éxito en el teatro de la Ópera? El primero y principal es el haberse ejecutado en el gran coliseo, cuyo público está hecho á las espléndidas *mises en scène* y á las fuertes emociones del género moderno. Acostumbrado como está á las descripciones grandiosas de Meyerbeer Rossini y otros célebres maestros modernos; habituado á experimentar los efectos de la música, no sólo por la música misma, sino por las situaciones, por la mímica de los cantantes, por los trajes y decoraciones, necesariamente ha debido parecerle pálida una música poco sonora (á pesar de los cuatro trombones y el figle de que no disponia Haydn cuando escribió *La Creacion*), y ejecutada por artistas de frac y guante blanco, que ahora se levantan y luégo se sientan para volverse á levantar y á sentarse cuando cantan ó dejan de cantar.

D. Antonio Arnao, nuevo académico de la Española.

En vano es decir á este público por medio de un programa que en esta ó en la otra pieza hay un trozo descriptivo de grandísimo valor, que aquí ó allá se encuentra una melodía deliciosa. Despues de las grandes descripciones que ha oido en el teatro, no pueden convencerle las finísimas, delicadas y admirables (con relacion á la época en que se escribieron) de Haydn, ni tampoco sus melodías; hallándose el auditorio, como se halla, saturado de las de Bellini ó Donizzeti. Y en cuanto á si es fácil hacer que el público retroceda; en cuanto á si es posible decir al público: «Mira; para oir esto, haz cuenta que no has oido ántes nada y olvida el *Guillermo*, el *Otello* y los *Hugonotes*», cuestion es que dejamos á la consideracion de nuestros lectores.

En otro local más reducido, con otro público y masas corales más afinadas, *La Creacion* hubiera producido otro efecto muy distinto. Pero ejecutado en la Ópera ha sucedido lo que no podia ménos de suceder, lo que sucederia si la sociedad de cuartetos se trasladase al coliseo de Oriente y ejecutára los cuartetos á grande orquesta. Se aplaudirian á rabiar algunos mudantes, y en los demas tiempos se dormiria la mayor parte de los oyentes.

Despues de esta leal defensa de nuestro artículo y del público *alto* y gran parte del *bajo* de la Ópera, terminamos con una advertencia que hacemos ahora y estamos dispuestos á repetir siempre que se nos ataque de cierta manera.

En cuestiones musicales no somos aficionados á dar al prójimo el trabajo de pensar por nosotros. Humilde, insignificante y desautorizada, tenemos una conciencia y un criterio propios, y si nuestros juicios carecen del peso y de la autoridad que dan los conocimientos, son en cambio producto de nuestro amor al arte, de nuestra independencia, que conservarémos á toda costa, y de la lealtad con que procuramos y procurarémos siempre servir al arte y á nuestros lectores.

Estamos seguros que nuestra conducta será perfectamente apreciada por los maestros y los verdaderos aficionados é inteligentes cuyas observaciones oirémos siempre con muchísimo placer. En cuanto á las grotescas apreciaciones, los pedantes anatemas y las *malas traducciones* de los eruditos de cierto género que de todo tratan y todo lo juzgan sin entender generalmente de nada, sus desahogos groseros nos tienen perfectamente sin cuidado; ni nos dan frio ni calor. Sigan mal traduciendo á Fetis y Scudo; sigan ejerciendo su mision á costa de media docena de libros (las partituras están prohibidas, porque les est[illegible] y así conseguirán la suprema gloria de [illegible] saya propia la mercancía ajena. ¡Buen provecho!

Aquí íbamos á poner término á este artículo, de sobra extenso y poco interesante, cuando llega á nuestras manos el número de LA ILUSTRACION correspondiente al 8 del actual, y nos encontramos de manos á boca con un largo escrito firmado por H. de C. Muéstrase este señor no poco sensible y hasta escandalizado por nuestra *Crónica* de *La Creacion* publicada en *El Imparcial*. ¡Válgamos Dios con el dichoso artículejo! Si ha habido en nosotros error ó debilidad, no podrá negarse que nos ha salido cara la cuenta.

Poco habremos de contestar al Sr. H. de C., cuyas buenas intenciones al criticarnos reconocemos con toda sinceridad, y cuyos elogios á nuestra humilde persona, si bien inmerecidos, de todas véras agradecemos.

Si Clement y Scudo han afirmado que *La Creacion* de Haydn es una obra admirable: si Haydn obtuvo una ovacion inmensa: si el público de Viena se entusiasmó con el oratorio, cuestiones son que no hemos negado, ni teníamos para qué negarlas.

Creemos haber explicado cumplidamente en el presente artículo nuestra conducta al escribir la *Crónica* de *El Imparcial*.

La amabilidad con que nos trata el Sr. H. de C. merece, sin embargo, por nuestra parte una cordial correspondencia y ya que pintan calva á la ocasion, hemos de aprovechar la que nos proporciona su artículo para dedicar algunas breves líneas al entusiasta admirador de Haydn.

Desengáñese el apreciable Sr. H. de C. El arte lírico-dramático, con el inmenso desarrollo que ha adquirido en poco tiempo, con el vertiginoso movimiento que los adelantos modernos le han prestado, ha creado naturalmente en el público nuevas necesidades, nuevos gustos. Las grandes obras clásicas son inmortales, convenido; pero son inmortales para los músicos, que de ellas sacan provechosa enseñanza, no para la generalidad del público, que está habituado á otro estilo muy diferente de aquel que cultivaron con tanto éxito los maestros alemanes.

Hoy mismo, en los conciertos de Monasterio, se oye con religioso silencio cuando no con fastidio por la generalidad, una admirable sinfonía de Beethoven, Haydn ó Mozart, miéntras se aplaude con frenesí y se pide la repeticion del *Carnaval de Venecia* ó de la overtura de *Mignon* de A. Thomas.

Y sin embargo, es imposible establecer musicalmente comparaciones entre el estilo, la manera y el género que cultivaron los clásicos, con el del ilustre director del Conservatorio de Paris; hay por medio una inmensidad á favor de los primeros.

El *Sátiro* de Emilio del Cavalière excitó un grandísimo entusiasmo en Florencia en 1590; las obras de Lulli y Rameau enloquecieron á los franceses en el siglo XVII. Las obras maestras de Gluck, Sacchini, Pergolese, Paisiello y Cimarosa han obtendido un inmenso éxito en el tiempo en que fueron escritas. No es tan antiguo el *Matrimonio secreto* de Cimarosa, ópera reputadísima y aplaudida con delirio, y estamos seguros que si se ejecutára en la Ópera de Madrid, obtendria, cuando más, un éxito de simpatía y respeto á la memoria del autor.

¿Habríamos de escandalizarnos por esto? ¿Habríamos de lamentar la falta de educacion del público? Contéstese á sí propio el Sr. H. de C.

Acabemos. El Sr. H. de C. es, se conoce, entusiasta por la música y esto le hace simpático á nuestros ojos. Perdonámosle, por tanto, el anacronismo garrafal que ha cometido al llamar á la *Creacion* «orígen de gran número de frases melódicas del *Don Juan* de Mozart», siendo así que esta obra modelo se ejecutó *once años* ántes que el oratorio de Haydn, y hacemos punto final rogando al Sr. H. de C. no se deje llevar demasiado por su entusiasmo, pues corre el riesgo que correriamos nosotros si nos empeñáramos, por ejemplo, en dirigir la construccion de un palacio, de un teatro ó de una plaza de toros.

Surtout, point trop de zèle, Sr. H. de C.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

MADRID.—IMPR[illegible] IVADENEYRA.